Nº 144
Legajo 3
Letra E.

7838

ADMINISTRACION
RICO-DRAMATICA.

EL NOVENO MANDAMIENTO,

COMEDIA

EN TRES ACTOS Y EN PROSA,

ORIGINAL DE

MIGUEL RAMOS CARRION.

MADRID.
SEVILLA, 14, PRINCIPAL.
1879.

2.

ADICION AL CATÁLOGO DE 30 DE ABRIL DE 1878.

		TÍTULOS.	ACTOS.	AUTORES.	Parte que corresponde á la Galería.
		COMEDIAS Y DRAMAS.			
14	11	Acompaño á usted en el sentimiento.....	1	D. Ricardo de la Vega..	Todo.
2	3	Afinador y mártir—j. o. p....	1	Luis Taboada.....	»
3	2	Amor en la aüsencia.....	1	Ángel Rodriguez....	»
3	2	Á un valiente otro mayor....	1	Marcos Zapata.....	»
3	2	Caer en la trampa—c. o. p....	1	Eduardo S. Castilla..	»
»	»	C. Martinez.....	1	Lasala y O. de la Torre	»
3	2	Corbata roja.....	1	Manuel Nogueras. ..	»
3	2	Coser y cantar—c. o. v.....	1	Mariano Pina.....	»
2	2	El hombre perro.....	1	J. G. de Lima.....	»
2	1	El marido y la mujer—j. o. p.	1	D.ª Camila Calderon....	»
»	»	El mestre de fer coloquis....	1	D. F. de P. Huertas....	»
»	»	El nono no desear.....	1	José Barreda.....	»
4	2	El que al corazon no llama...	1	Manuel Urban.....	»
5	2	El otro yo—j. o. p.....	1	José Estremera.....	»
3	1	El verdugo de sí mismo.....	1	Ángel Rodriguez....	»
3	2	Entre dos fuegos.....	1	Gerardo Velez.....	»
3	1	Específico moral—c. o. v.....	1	Eusebio Sierra.....	»
3	2	Ganar la plaza.....	1	Bernardo Bueno....	»
»	»	La conquista de un papá.....	1	Javier de Búrgos . .	»
2	2	La flor del humbrío.....	1	Ángel Rodriguez. ..	»
1	2	La horma de su zapato-p. o. p.	1	M. Barranco y Caro..	«
3	1	La muñeca—j. o. p.....	1	Pedro Escamilla....	»
»	»	La tea de la discordia.....	1	F. de P. Huertas....	»
1	2	La vendetta—j. a. v.....	1	José Estremera.....	»
»	»	Las escuelas en España.. ..	1	Francisco Palanca...	»
3	1	Las tres palmatorias—c. a. p..	1	José de Fuentes.....	»
3	1	Los amigos de Benito—j. o. p	1	Sres. E. Sierra y A. Sanchez Ramon.....	»
»	»	Los caribes.....	1	D. Manuel Nogueras...	»
2	4	Los dos sobrinos y el tio.....	1	José Conde Souleret..	»
4	1	Los matrimonios del dia-j. o. p	1	Eugenio Picazo.....	»
5	1	Nobleza y villanía—d. o. v. ..	1	V. M. de la Tejera...	»
5	»	Paz octaviana.....	1	Manuel Nogueras. ..	»
4	1	Perez y Quiñones—c. o. p....	1	Vital Aza.....	»
7	2	Reclamaciones y bombos-s. o. v	1	Manuel Matoses.....	»
1	2	¡Que viene mi mujer!—j. a. p.	1	F. Oconell.....	»
3	2	¿Quién es Calleja?—j. o. v....	1	Sres. Vidal y Caballero..	»
3	»	Sobre la marcha.....	1	D. Pelayo del Castillo...	»
3	3	Una mujer por dos horas.....	1	J. G. de Lima.....	»
»	»	Un empleo encomanat.....	1	F. de P. Huertas....	»
3	2	Un novio con patatas.....	1	Eduardo Palacio....	»
4	2	Un nudo morrocotudo, *parodia*	1	Luis Cuenca.....	»
4	2	Vestirse de ajeno—j. o. p....	1	Eusebio Sierra.....	»
7	5	Voz del pueblo, *parodia*.....	1	Fuentes y Solsona...	»

EL NOVENO MANDAMIENTO.

A Emilio Marino, su admirador y amigo

El autor

EL NOVENO MANDAMIENTO,

COMEDIA

EN TRES ACTOS Y EN PROSA,

ORIGINAL DE

MIGUEL RAMOS CARRION.

Estrenada en el Teatro de la COMEDIA el 11 de Enero de 1879.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 18.
1879.

PERSONAJES.	ACTORES.
MARÍA	SRTA. FERNANDEZ.
DOLORES	SRA. ALVAREZ TUBAU.
ANDRÉS	SRES. MARIO.
VICENTE	ROMEA.
DON INOCENCIO	ZAMACOIS.
FACUNDO	JOVER.
UN CAMARERO	RUBIO.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traduccion.

Los comisionados de la Administracion Lírico-Dramática de DON EDUARDO HIDALGO, son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representacion y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que manda la ley.

AL EMINENTE DOCTOR

DON JOSÉ M. ESQUERDO

Dedica esta comedia su admirador y amigo afectísimo,

M. Ramos Carrión

674330

ACTO PRIMERO.

Gabinete elegantísimo. Puertas laterales y al foro. Muebles de excelente gusto. Chimenea á la izquierda. (1) Velador con varios álbums de fotografías.

ESCENA PRIMERA.

MARÍA, que sale por la izquierda y mira el reló que debe haber sobre la chimenea.

MARIA. Las diez y media ya! (Toca el timbre. Á Facundo, que sale.) ¿Se ha levantado el señorito?

FAC. Sí señora.

MARIA. Dígale usted que le aguardo para tomar el thé.

FAC. Al momento. (Entra por la derecha.)

MARIA. Qué tarde! Dios mio, qué tarde! Todos los dias me sucede lo mismo. No puedo madrugar, no puedo. Ya por pronto que salgamos serán las once. No queda tiempo para nada.

FAC. (Que sale.) Quiere la señora que les sirva aquí el thé?

MARIA. Sí, pronto. (Váse Facundo.)

FAC. Al instante.

MARIA. Ah! Dí á Gregorio que vaya por una berlina de alquiler.

(1) Entiéndase siempre por derecha é izquierda la del actor.

FAC. Está bien, señora. (Váse por el foro y vuelve trayendo un veladorcito con el servicio de thé.)

ESCENA II.

MARÍA y ANDRÉS. FACUNDO, que se va luego.

ANDRES. (Yendo á abrazar á su mujer.) Buenos dias.

MARIA. Buenos dias, Andresito. (Prepararé el terreno, porque de otro modo de seguro me dice que no.) Has dormido bien?

ANDRES. Perfectamente. Vas á salir?

MARIA. Sí. Á qué hora viniste anoche?

ANDRES. Á la una y media ya estaba en la cama.

MARIA. De veras?

ANDRES. De veras.

MARIA. ¿No te estuviste en el Casino hasta las tres ó las cuatro?

ANDRES. Te lo diría.

MARIA. Dichoso Casinito! Esa sociedad es la perdicion de los maridos.

ANDRES. Pues hija, al nuestro por lo ménos no lo ha perdido.

MARIA. Cierto, pero eso consiste en que eres el mejor de los maridos.

ANDRES. Muchas gracias. Y tú la mejor de las mujeres. Sepamos, qué es lo que deseas? Porque cuando empiezas á echarme piropos, ya sé que acabas pidiéndome algo.

MARIA. Nada tengo que pedirte; te hago justicia, eres muy bueno para mí, muy cariñoso, muy condescendiente... y sobre todo... me quieres mucho. ¿Qué más puedo pedir?

ANDRES. Ya lo creo que te quiero!

MARIA. Á pesar de lo cual no me darás una prueba de cariño que yo te agradecería mucho.

ANDRES. Eh? Qué tal? ¿No dije yo que acabarías por pedirme algo?

MARIA. Sé amable. Necesito comprar unas cosas...

ANDRES. Y á qué viene hablar de eso? Te he negado algo? Compra cuanto se te antoje.

MARIA No es eso, no es eso.

ANDRES. Pues qué es?

MARIA. Pienso ir á tiendas, ¿comprendes? y nunca quieres acompañarme, y yo te ruego... que vengas conmigo. Abajo nos espera una berlina.

ANDRES. Á tiendas! Nunca.

MARIA. Pero hombre, qué manía!

ANDRES. Jamás. No tengo valor bastante para asistir á aquella interminable exposicion de kilómetros de tela. Los comerciantes, apreciabilísimas personas fuera de la tienda, son insoportables detrás del mostrador. (Imitando lo que hacen los comerciantes cuando enseñan telas á las compradoras.)—Vea usted esta tela! De qué buen gusto! Hoy la hemos recibido! Y este poplin! Precioso.—No me gusta.—Pues es encantador, señora, encantador, usted no ha reparado bien. Vea usted esta sedalina; hoy la hemos recibido, es del mejor gusto; la generala Patillas ha llevado dos cortes hace un momento. —No me gusta, es muy vista.—Muy vista! Aquí tiene usted una novedad, una verdadera novedad, este gró á rayitas. Hoy lo hemos recibido. Color de mar tempestuoso... es lo último. La condesa de San Ginés se ha llevado uno igual.—Me parece muy claro.—Sí? Aquí hay otro más oscuro; tiene usted razon, los colores claros están en decadencia; esta seda, color Burdeos, viste admirablemente: con encajes negros, estará preciosa. Hoy la hemos recibido.—No me gusta.—Y esta de aguas? Es la última novedad. Vea usted qué linda! Con vieses azules, hará un efecto sorprendente. Hoy la hemos recibido.—¡Todo lo han recibido hoy! No los puedo aguantar.

MARIA. Comprendo que para tí será un sacrificio, pero por eso te lo ruego. Anda, sé amable, no tienes que vestirte, en el cochecito, conforme estás...

ANDRES. Sí, con bata.

MARIA. Te avías en un momento.

ANDRES. No me seduces, hija, no me seduces.

MARIA. Y entónces, con quién voy?

ANDRES. Solita en el coche. Y despues, cuando vuelvas á almorzar, me enseñas lo que has comprado; todo eso que en la tienda me disgusta y que en casa me agrada muchísimo. Anda, anda, que es ya tarde.

MARIA. Siempre lo mismo!

ANDRES. Siempre que me hables de ir á tiendas. (Abrazándola.) Hasta luégo.

MARIA. Adios, mal esposo! (Abrazándole. Váse tirándole un beso desde la puerta.)

ANDRES. Adios, vida mia!

ESCENA III.

ANDRÉS, solo.

Es un ángel! Tengo una mujer que no me la merezco. Esta libertad sin límites que disfruto gracias á su hermoso carácter, esta confianza absoluta que tiene en mí, son un encanto, un verdadero encanto. (Fumando un cigarrillo.) Ah! Si todas las mujeres comprendieran lo que ata á un marido esta libertad, no lo sujetarían haciéndole desear la expansion que no tiene. Quién es el hombre que se aprovecha de tan hermosa confianza para engañar á su mujer? Ninguno. Al ménos yo no sería capaz. Puedes estar bien segura, mujercita mia, bien segura de que no he de faltarte ni tanto así, ni tanto así... Sólo podría hacerme vacilar la rubia del tramvía. Dios mio, qué rubia aquella! Qué ojos! (Volviéndose distraido y mirando á Facundo que entra.) Pero qué ojos!

ESCENA IV.

DICHO, FACUNDO, luégo VICENTE.

FAC. Qué tengo yo en los ojos? (Restregándoselos.)

ANDRES. Tú! Ah! Qué has de tener tú, zopenco! Qué quieres?

FAC. Este caballero desea verle á usted. (Dándole una tarjeta.)

ANDRES. Visita á estas horas! Has dicho que estoy en casa?

FAC. No he dicho nada, pero aguarda.

ANDRES. Vicente! Vicente aquí! Que pase, que pase al momento.

FAC. (Pero qué tendré yo en los ojos!) (Váse.)

ANDRES. Vicente! Pasa hombre, pasa!

VICENTE. Andrés! (Se abrazan estrechamente y vienen así hasta el proscenio.)

ANDRES. (Echando atrás la cabeza sin desprenderse de los brazos del otro.) Vicentillo!

VICENTE. (Id.) Andresito!

ANDRES. (Imitando el mismo movimiento.) Pero hombre, qué sorpresa!

VICENTE. (Id.) Tantos años sin vernos!

ANDRES. Y estás muy bueno!

VICENTE. Y tú tambien!

ANDRES. No ha pasado dia por tí.

VICENTE. Estás lo mismo que hace diez años. (Se desprenden uno de otro y se miran de arriba abajo.)

ANDRES. Sentémonos, hombre.

VICENTE. Ante todo, te has casado?

ANDRES. Dos años hace. Y tú?

VICENTE. Hace tres.

ANDRES. Eres feliz?

VICENTE. Felicísimo. Y tú?

ANDRES. No hay un hombre más dichoso.

VICENTE. Pocas veces se oirá semejante diálogo en boca de dos maridos.

ANDRES. Eso consiste en las mujeres. La mia es un ángel!

VICENTE. La mia es una santa!

ANDRES. Eso consiste en los maridos. Yo no pienso más que en mi mujer.

VICENTE. Yo lo mismo. (Pausa corta.)

ANDRES. Tienes algun hijo?

VICENTE. Todavía no. Y tú?

ANDRES. Tampoco. Y vienes á Madrid por mucho tiempo?

VICENTE. Un par de meses. Y qué ha sido de tí desde que no no vemos?

ANDRES. Acabé aquí mi carrera, tomé el título de abogado, que para nada me ha servido hasta ahora; volví á Toledo al lado de mi tio que murió al poco tiempo, dejándome

cuanto tenía, viajé por el extranjero cuatro años, y al regresar conocí á María y me casé: esta es la historia.

VICENTE. Pues yo estudié en Sevilla el último año de leyes, me hice licenciado, defendí dos años á los pobres, tuve la fortuna de adquirir una clientela que se ha aumentado considerablemente, conocí á Dolores y me casé.

ANDRES. Y estamos hechos dos hombres formales.

VICENTE. Dos padres de familia.

ANDRES. Dos padres... sin hijos.

VICENTE. Eso es.

ANDRES. No tendrás prisa?

VICENTE. Ninguna. Mi mujer se ha quedado con una tia suya, á quien quiere mucho, y por ver á la cual hemos venido á Madrid, y probablemente no volverá á casa en todo el dia.

ANDRES. En ese caso almorzarás con nosotros. María ha salido á compras, pero no tardará: y dónde vives?

VICENTE. En el Hotel Europeo. Para tener más libertad no quise que fuéramos á casa de la tia. Es una señora que recibe todas las noches de la semana; aquella casa es un jaleo constante; yo aborrezco las tertulias. Mi mujer va algunos dias y despues la acompaña el tio á la fonda.

ANDRES. Y no se incomoda ella porque tú no vas?

VICENTE. Mi mujer no se incomoda nunca.

ANDRES. Te deja en libertad...

VICENTE. Completa.

ANDRES. Y sois felices?

VICENTE. Como nadie.

ANDRES. Me llena de gozo ver que mi sistema da tan excelentes resultados. En el matrimonio debe existir una confianza ilimitada y una libertad ilimitada tambien.

VICENTE. Esa es mi opinion.

ANDRES. Y los que dicen que esa teoría en la práctica es imposible, se equivocan.

VICENTE. Mienten.

ANDRES. Y si nó aquí hay dos matrimonios que lo prueban.

VICENTE. Es indudable, hombre, indudable. Si mi mujer me tu-

viera sujeto á su lado... estaría yo deseando escapar.

ANDRES. Claro.

VICENTE. Y la faltaría, de seguro.

ANDRES. Y así no se te ocurre siquiera. ¿Verdad que no se te ocurre?

VICENTE. Qué se me ha de ocurrir!

ANDRES. Ni á mí tampoco.

VICENTE. Sería uno hasta criminal abusando de esa confianza.

ANDRES. Eso digo yo. Sería uno hasta criminal. (Pausa. Se quedan los dos mirando al suelo.) Por supuesto que hay faltas de faltas.

VICENTE. Naturalmente.

ANDRES. Porque... exigirle tambien á uno que sea un santo...

VICENTE. Hombre, yo un santo no soy.

ANDRES. Ni yo tampoco soy un santo. (Pausa. De pronto.) Si vieras que rubia tengo en espectativa!

VICENTE. Si tú conocieras á mi morena!

ANDRES. Cómo tu morena!

VICENTE. Á mí las morenas me encantan! Mi mujer es rubia.

ANDRES. Á mi las rubias! Mi mujer es morena.

VICENTE. No se puede remediar.

ANDRES. Eso digo yo. Luégo... las ocasiones... las circunstancias...

VICENTE. Eso, eso, las circunstancias.

ANDRES. Figúrate que iba yo en el tramvía al barrio de Salamanca. Sentada frente á mí veo una mujer encantadora, cabello color de trigo, ojos azules como el cielo, talle flexible, manos aristocráticas, una perfeccion, un ideal con polvos de arroz. Yo la contemplaba extasiado; ella, que notó mis miradas, fijaba las suyas ruborosamente en el piso del coche. Llegamos á la Cibeles, se levanta, y yo instintivamente me levanto tambien. Echan el freno al coche en el momento en que ella ponía pié en tierra, vacila y cae. Da un grito, me lanzo rápidamente, la levanto del suelo, le pregunto si se ha hecho daño, me dice que no, pero le obligo á beber un sorbo de agua en un aguaducho inmediato. De pronto se

me ocurrió una idea feliz. Soy médico, señora, la dije, á ver el pulso, se ha puesto usted muy pálida; estas emociones pueden traer consecuencias desagradables. La cogí una mano: ¡qué mano! La pulsé, trás, trás, trás, trás, una pulsacion violentísima. Ella me miraba como procurando adivinar en mi cara mi opinion facultativa acerca de su estado patológico; me miraba con unos ojos... qué ojos, chico, qué ojos!—Esto no es nada; pero debe usted tomar un calmante, la acompañaré hasta donde vaya y allí escribiré una receta.—Mil gracias, no tengo el gusto de conocer á usted, me es imposible aceptar su compañía.—Señora, no debe usted ir sola en ese estado...—Gracias, mil gracias, repitió echando á andar. Yo la seguí. Mi responsabilidad de facultativo me prohibe abandonarla, le dije.—Caballero, repuso volviéndose hácia mí con una dignidad que me encantó, soy casada: hágame usted el obsequio de dejarme. Y diciendo esto llamó á un simon inoportuno que pasaba por allí, metióse en el coche y me dejó con tres palmos de narices.

VICENTE. Y no has vuelto á verla?

ANDRES. Al siguiente dia en un palco del teatro de la Zarzuela. Estaba con una señora que debe ser su madre. El marido, si es que en efecto lo tiene, no pareció por allí en toda la noche. Esto me animó... Miradas de soslayo, miradas de frente, fijas, vagas, expresivas... todo el repertorio.

VICENTE. Suyas?

ANDRES. No, mias. Ella no me miraba, es decir, parecía no mirarme, pero figúrate si me miraría. En cuanto entré me conoció; se puso encarnada y habló con su madre, contándole sin duda el lance del dia anterior, porque la madre me miró sonriéndose. Á la salida del teatro, cuando yo pensaba lanzarme, se me escabulleron entre la gente y no logré alcanzarlas. Al otro dia las ví en la Castellana, iban en coche y me vieron. Tuve la paciencia de pasear sin perderlas de vista toda la tarde, y

cuando se retiraban, encontré felizmente una berlina de alquiler.—Sigue á ese coche, dije al simon. De esta manera averiguaré al ménos dónde vive. Y cuando paramos en la calle del Cármen veo que baja del coche que habíamos ido siguiendo, una señora vieja con un perrito en brazos. Animal! digo al cochero, no es ese el carruaje que yo te señalé.—Como iban tantos, me he confundido! Y hasta hoy; no he vuelto á verlas.

VICENTE. Bah! Yo tengo mi conquista mucho más adelantada.

ANDRES. Sí, eh?

VICENTE. Muchísimo más.—Es una morena de ojos negros, andar airoso y gracia sin igual.—La conocí una tarde tormentosa. Llovía á cántaros, y ella, guarecida en un portal, esperaba un coche desalquilado. Pasó uno, salió ella, pero otra lo tomó al mismo tiempo, y ya se volvía al portal haciendo un gesto de impaciencia, cuando me acerqué ofreciéndome á acompañarla, resguardándola de la lluvia con mi paraguas.—No me contestó. Entré en el portal con ella. Estábamos solos. La electricidad atmósferica me tenía en un estado excepcional. Yo que soy naturalmente tímido, aquella tarde me atrevía á todo. La dije mil galanterías. Me escuchaba con disgusto, pero forzada á ello por la imposibilidad de lanzarse á la calle, que era un torrente,—Caballero, me dijo al fin, puede usted comprometerme, soy casada.—En esto pasó un coche, metióse en él y desapareció.

ANDRES. Y despues?

VICENTE. Ahora empieza lo bueno. Aquella noche no me acordaba ya de semejante mujer, cuando en el baile del Teatro Real se me acerca una máscara con capuchon amarillo y me dice: Para enamorar á una casada se necesita más valor del que tienes. La miro sorprendido y veo unos ojos negros, que brillaban detrás de la careta; los ojos de mi desconocida de por la tarde, indudablemente, los mismos.

ANDRES. En las máscaras se lleva uno cada chasco...

VICENTE. Era la misma. Luégo me lo confesó. Paseamos juntos toda la noche, cenó conmigo en el ambigú y no me permitió acompañarla porque el marido estaba allí. Estaba allí, chico.

ANDRES. Los hay famosos.

VICENTE. Quedamos citados para el baile de Piñata, que es pasado mañana, y no esperaba verla hasta entónces, cuando ayer... zás! tropiezo con ella, que salía de un comercio de la calle de Espoz y Mina. Se hizo la desconocida; me dijo que estaba equivocado, que la confundía con otra y que la dejase en paz. Y tan seria se puso que me separé de ella diciéndola: el domingo en el baile me explicará usted este cambio tan brusco: no quiero ser molesto. Y la dejé. Indudablemente ella temió que álguien nos viera; el marido tal vez.

ANDRES. Ó acaso te dijera la verdad y no sea la misma.

VICENTE. Estoy segurísimo.

ANDRES. Le viste la cara?

VICENTE. No, pero me confesó que era ella.

ANDRES. Pudo ser broma.

VICENTE. No lo creas. En fin, pasado mañana me convenceré. De todas maneras la del capuchon amarillo es mujer de singular ingenio y de una gracia particular.

ANDRES. Rejuvenece uno al hablar de estas cosas!

VICENTE. Es verdad.

ANDRES. Me parece que estoy soltero.

VICENTE. Y á mí.

ANDRES. Y no es que me pese el haberme casado...

VICENTE. No; ni á mí tampoco.

ANDRES. Pero aquella libertad...

VICENTE. Aquella alegría...

ANDRES. Aquella vida no interrumpida de aventuras...

VICENTE. Y de belenes!

ANDRES. Te acuerdas de Asuncion?

VICENTE. No he de acordarme, hombre!

ANDRES. Qué ha sido de ella?

VICENTE. Se casó con un relator.

ANDRES. Hay relatores muy desgraciados.

VICENTE. Y Pepita?

ANDRES. Se casó tambien.

VICENTE. Todas se casan.

ANDRES. Se me ocurre una idea.

VICENTE. Cuál?

ANDRES. Vamos á pasar el dia juntos, libres, solos é independientes. Dediquemos unas cuantas horas á esos recuerdos tan agradables; figurémonos que aún estamos solteros.

VICENTE. Me parece muy bien!

ANDRES. Dejaré á mi mujer recado para que no me espere y almorzaremos en Fornos.

VICENTE. Estoy conforme.

ANDRES. Y despues á paseo; á ver si casualmente tropezamos con nuestras respectivas conquistas.

VICENTE. Admirable!

ANDRES. Voy á vestirme en un momento.

VICENTE. Vé con Dios.

ANDRES. En cinco minutos estoy aviado. (Váse.)

ESCENA V.

VICENTE.

(Paseando de uno á otro extremo de la habitacion.) Verdaderamente es muy agradable recordar aquellos tiempos. Cómo se divertía uno... sin un cuarto... Porque no teníamos un cuarto!—En casa de aquel comisario, con aquellas hijas tan feas; qué bien pasábamos la noche! Se bailaba, se jugaba á prendas, se hacían mil cosas. —Luégo las giras campestres al Vivero y á la Florida... El columpio en los árboles... La comisaria decía: nada de cumplimientos; en el campo todo está bien visto... y efectivamente, todo se veía muy bien!—Encantadores años, cuyos goces no se disfrutan más!... Ay! Va uno haciéndose viejo. (Distraido se sienta al velador y coge un

álbum de retratos.) Retratos! Veamos qué gente tiene Andrés por aquí! (Lo abre.)

ESCENA VI.

DICHO, ANDRÉS, luégo FACUNDO.

ANDRES. (Saliendo.) Guando gustes.

VICENTE. (Dejando el álbum.) Cuando quieras.

ANDRES. (Toca el timbre.) Vamos á pasar el gran dia. (Á Facundo que entra.) Dí á la señora que no me espere á almorzar, que ha llegado un amigo á quien no veía hace mucho tiempo y me voy con él.

FAC. Está bien, señorito.

ANDRES. Vamos. (Á Vicente.) Cúbrete, hombre. Ah! (Deteniéndose á la puerta.) Dile tambien que si no vengo á la hora de comer que coma.

FAC. Está bien, señorito.

ANDRES. (Á Vicente.) No te parece bien? Podemos entretenernos.

VICENTE. Sí; yo voy á pasar por la fonda para dejar á mi mujer el mismo recado.

ANDRES. Ah! (Al Criado.) Y que si por casualidad me retraso esta noche, que se acueste, que no me espere.

FAC. Está bien, señorito.

ANDRES. Chico, me siento rejuvenecido. Vamos, vamos.

VICENTE. Andando. (Vánse.)

ESCENA VII.

FACUNDO solo.

FAC. Estos van de jaleo, como si lo viera!—Amigos antiguos que vuelven á verse despues de mucho tiempo... belen gordo.—Luégo ese recado que deja para la señorita... (Se sienta en la butata, toma de la cigarrera un puro y lo enciende.) Bien se divierten estos señorones, bien!—Como que no hacen otra cosa.—Pásanse la vida tumbados á la bartola, (Se recuesta muellemente en la butaca.)

sin hacer nada más que comer bien, fumar buenos puros habanos... (Echa una bocanada de humo.) Y miéntras los pobres nos matamos á trabajar. (Bosteza ruidosamente.) Cuándo vendrá el dia de la desnivelacion social!

INOC. (Dentro.) No importa que no estén; esperaré á que vengan.

FAC. Quién será? (Levantándose apresuradamente y ocultando el cigarro que fuma.)

ESCENA VIII.

DICHO y D. INOCENCIO.

INOC. (Desde la puerta al criado que se supone dentro.) Que pongan por ahí el equipaje, donde no estorbe. (Reparando en Facundo.) Ah! Buenos dias. ¿Conque mi sobrina ha salido y mi sobrino tambien? Eh? Bueno, bueno, no creí que madrugaban tanto... Como en este Madrid se hace la vida al revés... (Coloca sobre diversos muebles la manta de viaje, la bufanda, el sombrero, un lio de paraguas y bastones, la cartera, el frasquete, etc., etc.) Esperaba encontrármelos en la cama y sorprenderlos allí... Porque se van á sorprender mucho... Á quien ménos esperarán ver es á su tio...

FAC. Ya! Usted es tio de los señoritos? Por muchos años.

INOC. Su tio Inocencio. ¿Nunca les ha oido usted hablar de mí?

FAC. (Con gravedad.) Yo no escucho lo que hablan los señores.

INOC. Muy bien contestado! Quise decir que si nunca le habian hablado á usted de mí.

FAC. No señor, nunca me han dicho nada.

INOC. Hombre, eso sí que me choca. Porque yo siempre estoy hablando de ellos. Quiero á María como si fuera mi hija... Ya ve usted, como que la he criado...

FAC. Usted!

INOC. Yo mismo.

FAC. (Sería con biberon.)

INOC. Mi pobre hermano murió cuando ella tenía dos meses... y su madre al darla á luz... Así es que no ha conocido otro padre ni otra madre que yo... Va á volverse loca de alegría cuando me vea. Ya hace cuatro años que en todas las cartas me dice que venga á pasar con ellos una temporadita; pero yo no puedo ver los viajes; el ferrocarril me marea, aquel ruido infernal, aquellos bufidos... Y luégo que á mi edad no le gusta á uno salir de su costumbre... ¿Eh? No es verdad?

FAC. Sí señor. (Porqué me contará todas estas cosas este caballero?)

INOC. Y usted sirve en la casa hace mucho tiempo?

FAC. Desde ántes de casarse el señorito...

INOC. Muy bien. Por lo visto es usted criado antiguo?

FAC. No señor, soy ayuda de cámara del señorito.

INOC. Ya. No tengo el gusto de conocerle todavia... Como se casaron aquí y no pude venir á la boda... Es decir, le conozco por el retrato que me envió María; es un buen mozo, con unas patillas grandes...

FAC. Ya no tiene patillas. (Muy serio.)

INOC. No? Pues cómo?...

FAC. Se las ha afeitado.

INOC. Ah! ya! Creí que le habia pasado alguna cosa... Y vamos á ver, usted que estará en las interioridades de la casa... Porque usted parece persona honrada... Es usted gallego.

FAC. No señor, soy asturiano.

INOC. Bien, lo mismo da.

FAC. No señor, no da lo mismo, que un gallego no da nada.

INOC. Es verdad, es muy cierto, mucho. Y vamos á ver, usted que como persona de confianza estará enterado de todo... va á hacer el favor de decirme si efectivamente mi sobrina es tan feliz como me asegura en todas sus cartas. Eh? Porque á veces los esposos ocultan algunos disgustillos... ¿Comprende usted? No es que yo sospeche de mi sobrino... Cá! ni mucho menos. Aunque no le conozco personalmente, me basta ver las postdatas

que me pone de vez en cuando... muy expresivas... Recuerdo la última en que decia: «Querido tio: mucho nos alegraríamos de ver á usted por aquí; anímese y venga, aunque no se lo aconsejo porque hace un frio horrible...» Muy expresivo siempre, mucho. Pero pudiera haber alguna ligera desavenencia, cosas de matrimonios jóvenes... Está usted? Y mi deber es velar por la tranquilidad de María y enterarme...

FAC. Es muy natural.

INOC. Conque, yo le agradeceré á usted que me hable con franqueza, ya que la casualidad ha hecho que le vea ántes que á mis sobrinos.

FAC. (Esta confianza puede valerme algo.) Comprénda usted que mi posicion es muy delicada, y abusar de la confianza que en mí tienen los señores...

INOC. Muy bien, eso me gusta; es usted reservado, rara condicion en los sirvientes. Pero debe hacerse cargo de que este es un caso especial; no se trata de revelar á un extraño. Eh? ¿Usted comprende? Sino á una persona interesada...

FAC. Bien, pero...

INOC. Yo no soy desagradecido y esto le valdrá á usted... (Se suena las narices.)

FAC. (Cuánto me valdrá?)

INOC. Mi aprecio y mi consideracion.

FAC. (Ya!)

INOC. Cuando usted no me asegura clara y terminantemente que mi sobrina y su esposo son felices, es prueba de que hay algo. Yo le suplico que me lo diga. No se llevan bien?

FAC. Llevarse bien, sí que se llevan...

INOC. Disputan alguna vez ó riñen...

FAC. Eso no señor, no riñen nunca.

INOC. ¿Sabe usted si él tiene algun entretenimiento? Eh? Usted comprende?

FAC. No señor.

INOC. Ó si ella tiene celos por cualquier motivo... ó sin motivo.

FAC. No señor.

INOC. Entónces qué es lo que hay? (Con misterio.)

FAC. ¿Qué ha de haber? Nada.

INOC. Como usted ha hecho esas indicaciones...

FAC. Yo no hice ninguna indicacion. Usted se lo dice todo.

NOC. (Este no se atreve á revelarme algo. Yo lo averiguaré.)

FAC. Oigo la voz de la señora, ahí está ya.

MARIA. (Dentro.) Tio! ¿Dónde está? Tio?

INOC. Aquí! Sobrina mia! (Saliendo á la puerta, donde se abrazan estrechamente. Detrás de María entra Dolores.)

ESCENA IX.

MARÍA, DOLORES y D. INOCENCIO.

MARIA. Qué sorpresa tan agradable!

INOC. Pero qué guapa estás?

MARIA. Hoy es un dia feliz!

INOC. Sobrina de mi alma! (Abrazándola otra vez.) Eres un vivo retrato de tu madre. ¡Pobre Rosalía! (Enjugándose una lágrima.) Y de tu padre... pobre Ceferino!

DOL. Y para mí no hay un abrazo, señor don Inocencio?

INOC. Usted! Yo... me parece recordar... sí... Lola! Ya lo creo que hay un abrazo; y muy apretado! (La abraza.) Y el papá?

DOL. Murió.

INOC. Pobre Paco! Era de mi tiempo!... No; me llevaba algunos meses... y usted sigue soltera?

DOL. No señor; me casé hace tres años.

INOC. Y qué tal? Bien?

DOL. Soy muy dichosa.

INOC. Más vale así.

MARIA. Nos hemos encontrado casualmente en un comercio. Hacía seis años que no nos veíamos ni sabíamos la una de la otra... Dejamos de escribirnos...

INOC. Eso es indisculpable. Dos amigas de la niñez...

DOL. Tiene usted razon, don Inocencio.

MARIA. No tenemos perdon de Dios. (Se besan.)

INOC. Pero, cómo pasa el tiempo? Parece que os estoy viendo así, (Marcando la estatura.) correr y juguetear por la huerta...

DOL. Y robarle á usted los higos. Se acuerda usted?

INOC. No he de acordarme! Algunos azotitos te he dado.— Dispensa que te llame de tú, los viejos estamos autorizados...

DOL. No faltaba más!

MARIA. Y diga usted, tio, vendrá usted por una temporada larga, eh! Despues de hacérnoslo desear tanto, me parece muy justo...

INOC. Ya veremos.

MARIA. Pero dónde está Andrés?

INOC. Ha salido... yo creí que contigo. Me encontré con que estaba la casa sola, y tomé posesion de ella.

MARIA. Extraño que no me haya esperado á almorzar. (Toca el timbre y sale Facundo. Á Dolores.) Por supuesto que hoy en todo el dia no te suelto. Si quieres, enviaremos recado á tu marido.

DOL. Es inútil, no me espera hasta la noche.

MARIA. Quítate la mantilla. (Ayudando á quitársela.)

FAC. Llamaba la señora?

MARIA. El señorito?

FAC. Salió con un caballero. Dijo que no le esperase usted á almorzar.

MARIA. Vaya, algun convite! (A D. Inocencio.)

FAC. Y que si no venía á la hora de comer, que comiera usted.

MARIA. Comerá en el Casino.

FAC. Y que si á la noche se retrasa, que se acueste usted sin cuidado.

MARIA. Bueno, bueno.

INOC. (Malo! Malo!)

FAC. Quiere algo más la señora?

MARIA. Sí, lleva todo esto al gabinete del señorito. (Á D. Inocencio.) Despues se le dispondrá á usted una habitacion; por el pronto, si quiere usted lavarse...

INOC. Sí, sí, y arreglarme un poco. (Cogiendo dos cajitas de madera.) Mira lo que te traigo!

MARIA. Qué es?

INOC. Bizcochos de las monjas de Santa Clara, y bellotas de las monjas de la Concepcion!

MARIA. Cuánto se lo agradezco!

INOC. Recordé que te gustaban mucho.

DOL. Y á mí tambien. Desde que salí de Zamora, no he vuelto á comerlas.

INOC. Ea, voy á asearme un poco. Dónde?

MARIA. (Llevándole hasta la puerta derecha.) Allí!

INOC. Sobrina de mi alma! (Abrazándola y conmoviéndose.) Hasta luégo.

MARIA. Adios, tio.

DOL. Adios, don Inocencio.

ESCENA X.

DOLORES y MARÍA.

DOL. Se conserva bien!

MARIA. Ya lo creo.—Siéntate y charlemos; se me ocurren tantas cosas que preguntarte, y tantas que decirte, que no sé por dónde empezar.

DOL. Lo mismo me pasa á mí.

MARIA. Ahora que estamos solas, dime la verdad: eres feliz con tu marido?

DOL. Completamente: y tú?

MARIA. No puedo serlo más.

DOL. He encontrado el hombre mejor de la tierra.

MARIA. Despues del mio.

DOL. Cariñoso, complaciente, expresivo, sin pensar más que en mí, sin darme el más ligero disgusto, concediéndome el más pequeño capricho.

MARIA. Lo mismo que Andrés.

DOL. Hemos tenido suerte.

MARIA. Te aseguro que no hubiera podido encontrar un carác-

ter más acomodado al mio.

DOL. Te acuerdas de tu ideal en el colegio, cuando hablábamos de casarnos?

MARIA. Ya lo creo! Esas cosas no se olvidan nunca! Y recuerdo el tuyo.

DOL. Tú soñabas con un capitan de Estado mayor.

MARIA. Porque era bonito el uniforme... faja azul y sombrero de tres picos con plumas muy largas.

DOL. Qué tonterías! (Riendo.)

MARIA. Y tu sueño era casarte con un húsar de Pavía.

DOL. Con los bigotes muy retorcidos... (Se rien las dos á carcajadas cogiéndose de las manos.)

ESCENA XI.

DICHAS, D. INOCENCIO, en mangas de camisa y limpiándose con una tohalla.

INOC. (Deteniéndose al oirlas reir.) Qué es eso, muchachas?

MARIA. Que somos muy dichosas, tio!

DOL. Muy dichosas!

MARIA. Qué busca usted?

INOC. La cartera. Aquí está! (Á María.) Yo acabo al momento. Que tengan el almuerzo listo, ¿eh? porque voy sintiendo apetito.

MARIA. Yo tambien.

DOL. Y yo.

INOC. Almorzaremos recordando vuestras travesuras, picaruelas! (Váse.)

ESCENA XII.

MARÍA y DOLORES.

MARIA. No puedes figurarte el placer que me causa saber que eres tan feliz como yo.

DOL. Ya comprenderás que á mí me sucede lo mismo.

MARIA. Por supuesto, que acaso no toda mi dicha consiste en la bondad del carácter de Andrés. Tambien influye mucho mi sistema...

DOL. Y el mio!

MARIA. Yo no le pido nunca cuentas de nada.

DOL. Ni yo.

MARIA. Jamás le pregunto de dónde viene.

DOL. Ni á dónde va, yo tampoco.

MARIA. Así no extrañan su libertad de solteros.

DOL. Y no toman horror al matrimonio.

MARIA. Eso es.

DOL. Yo muchas veces tendría gusto en salir á paseo con él, en ir á cualquier parte solitos los dos, pero como no me dice nada, me guardo muy bien de indicárselo, no diga que soy exigente y pegajosa.

MARIA. Yo lo mismo. Á veces me disgusta salir sola, pero me aguanto.

DOL. Y si los maridos supieran que al dejarla á una así la ponen á veces en mil compromisos... no lo harían.

MARIA. Que si la ponen! Dímelo á mí. No vuelvo á salir sola como no sea en coche.

DOL. Ni yo! Hay por ahí un caballero que se ha empeñado en perseguirme.

MARIA. Y á mí otro.

DOL. Tropecé una vez al bajarme del tramvía; él me cogió, y desde entónces no pasa dia sin que me siga á paseo, al teatro, á todas partes haciendo el oso de una manera que me pone en evidencia.

MARIA. Pues el mio es audaz como él solo. Empezó ofreciéndome el paraguas un dia que estaba lloviendo á mares, y ayer se me acercó en la calle, tomando como pretexto para hablarme, decir que el domingo le había yo embromado en el baile del Teatro Real vestida con un capuchon amarillo y que me hacía la desconocida, y qué se yo cuántas inconveniencias. Tuve que ponerle á raya y me costó mucho trabajo que me dejase en paz.

DOL. En Madrid va una comprometida no llevando un ho m-

bre á su lado. (Pausa corta.)

MARIA. Voy á enseñarte mi marido. Ya que no está él te lo presentaré en efigie. (Se levanta y trae el álbum de retratos.)

DOL. (Quitándose un medallon que lleva al cuello y abriéndolo.) Aquí traigo la del mio. Y que tiene un parecido notable.

MARIA. Tambien este retrato es bueno. (Abriendo el álbum y como si presentara á una persona.) Señora, tengo el gusto de presentar á usted al señor don Andrés Guzman, apreciabilísima persona. (Da un beso al retrato y el álbum á Dolores.)

DOL. (Haciendo el mismo juego que María.) Y yo me tomo la libertad de presentar á usted, algo reducido de tamaño, al señor don Vicente del Valle, persona de toda mí estimacion. (Lo besa y se lo da á María.) Jesús!

MARIA. Dios mio! (Mirando el retrato.)

DOL. Mi perseguidor!

MARIA. El del paraguas!

DOL. No puede ser.

MARIA. Te equivocas sin duda.

DOL. La que se equivoca eres tú!

MARIA. Si está clavado!

DOL. Si está hablando!

MARIA. No gasta lentes?

DOL. Sí!

MARIA. El mismo!

DOL. No lleva capa con embozos grises y verdes?

MARIA. Sí.

DOL. El mismo!

MARIA. Desgraciada de mí! (Llora.)

DOL. Quién lo hubiera creido! (Llora.)

ESCENA ÚLTIMA.

DICHAS, D. INOCENCIO.

INOC. Ea, á almorzar, que tengo un hambre que no veo.

MARIA. Yo no quiero almorzar.

DOL. Ni yo.

INOC. Qué es esto?

MARIA. Que soy muy desgraciada, tio!

DOL. Que somos muy desgraciadas! (Se abrazan llorando ruidosamente. D. Inocencio se queda con la boca abierta.)

INOC. Malo! Malo! Malo!

(Telon rápido.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Sala de paso en una fonda de lujo.—Puerta grande al foro, que comunica con la escalera. Al frente, en el pasillo, otra con el número 8.—Dos puertas á la derecha: la primera con el número 3, la segunda sin número. Á la izquierda otras dos, de las cuales la primera tiene el número 4.—En el centro de la escena un *puf* ó divan circular y á los lados de la puerta del foro dos aparadores y en uno de ellos recado de escribir. Timbre eléctrico.—Las puertas primeras laterales deben ser de una sola hoja y abrirse hácia la escena.

ESCENA PRIMERA.

MARÍA, DOLORES, D. INOCENCIO y un CAMARERO.

MARIA. Seguirá usted todas mis instrucciones? (Al Camarero.)

CAM. Sí señora.

DOL. No se olvidará usted de nada?

CAM. No señora.

MARIA. Y guardará usted el más profundo secreto?

CAM. Sí señora.

DOL. Y no dejará usted de avisarnos.

CAM. No señora.

MARIA. Y si preguntan algo, ya sabe usted.

CAM. Sí señora.

DOL. Que yo no habito en ese cuarto. (Señalando á la izquierda.)

CAM. No señora.

DOL. Sino en ese. (Por la derecha.)

CAM. Sí señora.

MARIA. Y cuando no sepa usted qué contestar se calla.

CAM. No señora. Digo, sí señora.

INOC. (Lo tienen mareado y á mí tambien.)

MARIA. La gratificacion corresponderá á los servicios de usted.

CAM. Pueden ustedes estar descuidadas. Para esto me pinto yo solo. Estoy muy acostumbrado á estos belenes.

MARIA. Eh?

DOL. Cómo?

INOC. Qué dice usted, hombre de Dios?—Ved á lo que os exponeis con la bromita... á que supongan lo que no hay, á que os juzguen de mala manera.

CAM. Yo no he querido decir...

INOC. Sí, sí, comprendido, comprendido. Basta, basta.

MARIA. Ha descorrido usted el cerrojo de esa puerta? (Segunda derecha.)

CAM. No señora.

MARIA. Descórralo usted. (El Camarero entra por la primera derecha y sale por la segunda.)

DOL. Lo que tendría gracia es que despues de todo esto no viniesen esta noche.

MARIA. Vaya si vendrán!

INOC. Me alegraré de que no vengan.

CAM. (Saliendo.) Ya está.

DOL. Bueno, puede usted retirarse.

MARIA. Y no olvidar nada de lo dicho.

CAM. No señora. (Qué lío será este! (Váse.)

ESCENA II.

DICHOS, ménos el CAMARERO.

INOC. Pero estais en vuestro juicio, criaturas, para hacer un desatino semejante?

MARIA. Es inútil que nos haga usted reflexiones.

DOL. Completamente inútil.

MARIA. Lo merecen todo.

DOL. Y un poco más.

MARIA. Engañarnos de una manera tan inícua...

DOL. Pagar así nuestra confianza!

MARIA. Les ha de salir cara la broma, yo se lo juro.

DOL. Y yo.

MARIA. No nos han dado ellos un disgusto? Pues se lo devolveremos.

DOL. Con creces.

INOC. Sí? Pues conmigo no conteis para nada. ¿Estais? Para nada. No quiero ser cómplice en una farsa de esta especie. Ahora mismo me marcho.

MARIA. Tio!

DOL. Don Inocencio!

INOC. Se trata de dos personas á quienes no tengo el gusto de conocer; cuando averigüen lo sucedido dirán con razon, con muchísima razon, que un señor de mi edad y circunstancias no ha debido ayudaros, sino disuadiros. Eh? ¿No es verdad? ¿No comprendeis esto?

MARIA. Tio, usted es nuestro único apoyo; sin usted nada puede hacerse.

DOL. Nada.

INOC. Motivo más para que me marche.—Lo que ustedes deben hacer, señoritas, es decir sériamente á sus esposos que han descubierto su infidelidad; que su proceder es indigno de hombres formales; que... que... Eso... ¿Comprendeis? Un buen sermon que les haga entrar en la senda del deber y de la... Pues. Ni más ni ménos.

MARIA. Valiente caso harían del sermon! Les entraría por un oido y les saldría por otro.

DOL. Ó no les entraría por ninguno.

INOC. (Despues de pensarlo.) Puede que no les entrara.

MARIA. Créame usted, tio, nuestro plan es el más conveniente.

INOC. Y si despues de todo no son ellos y los retratos os han confundido? Eh? ¿Qué diríais entónces?

MARIA. Yo no tengo la menor duda.

DOL. Y yo estoy segurísima.

CAM. (Saliendo rápidamente.) Ahí sube el señorito.

DOL. Solo?

CAM. No señora, con otro.

MARIA. Al cuarto! (Cogiendo por un brazo á D. Inocencio.)

DOL. Vamos. (Cogiéndole por el otro.)

INOC. Está visto, hacen de mí lo que quieren. (Entran por la primera derecha.)

ESCENA III.

CAMARERO, luégo ANDRÉS y VICENTE.

CAM. (Pero qué lio tan gordo debe ser este!)

VICENTE. La verdad es que hemos pasado un dia delicioso.—Haz el favor de esperar aquí un momento. Veré si mi mujer está visible.

CAM. No está la señora.—Salió está mañana y volvió luégo dejando esta esquela para usted. (Dándole una.)

VICENTE. Está de Dios que no te presente hoy á ella. (Leyendo.) «La tia ha tenido un ataque nervioso...» Los padece con mucha frecuencia... «y vuelvo á acompañarla. Hoy »no recibirá á nadie; por consiguiente si no quieres »aburrirte no vengas. Por si se empeora pasaré á su la»do la noche y mañana temprano me acompañará el »tio. Tu pichoncita.»—Siempre firma así.

CAM. Desea usted algo?

VICENTE. Nada. (Váse el Camarero.) Ya lo ves, soy libre toda la noche, porque yo no voy á meterme en casa de la tia. ¿Qué hacemos? Son las ocho...

ANDRES. Lo que quieras.

VICENTE. Vamos al Teatro Real? Cantan *Los Hugonotes* y estará bien aquello.

ANDRES. Tendría que ir á casa para vestirme.

VICENTE. No, escribe cuatro letras en una tarjeta, la lleva un mozo de aquí y él mismo te trae la ropa.

ANDRES. Eso es mejor.

VICENTE. Ahí tienes tintero. Voy á vestirme. Entra cuando acabes. (Váse primera izquierda.)

ESCENA IV.

ANDRÉS, luégo DOLORES.

ANDRES. Acaso esté mi rubia en el teatro. Ha sido buena idea esta de irnos allá. (Sentándose para escribir en la tarjeta.)

DOLORES. Aquí te espero. (Hablando con álguien que se supone dentro.) Vístete pronto, no tardes dos horas como siempre.

ANDRES. (Que ha levantado la cabeza sorprendido al oir la voz de Dolores) Ella!

DOL. Caballero! (En voz muy baja y agitadísima.) Qué imprudencia! (Ay qué vergüenza me da.)

ANDRES. Usted aquí, señora!

DOL. Váyase usted, yo se lo suplico; mi marido va á salir...

ANDRES. Pero qué hace usted en esta fonda?

DOL. Vivimos aquí.

ANDRES. Qué casualidad!

DOL. Por Dios, váyase usted; mi esposo reparó la otra tarde que usted me seguía y ya le conoce. Es horriblemente celoso. Si sale y le ve, todo se ha perdido. (Y es la verdad.)

ANDRES. (Todo se ha perdido: esto quiere decir algo.) Bueno, me marcharé: pero dígame usted su nombre...

DOL. El de mi marido?

ANDRES. No, el de usted.

DOL. (Qué le digo yo?) María!

ANDRES. María! (Qué demonio! El nombre de mi mujer.)

DOL. Váyase usted; yo se lo ruego.

ANDRES. No me voy sin que ántes me prometa usted que hemos de vernos.

DOL. Bien, sí, nos veremos...

ANDRES. Cuándo?

DOL. Pronto.

ANDRES. Dónde?

DOL. No sé... no se me ocurre...

ANDRES. Á dónde van ustedes ahora?

DOL. Ibamos á visitar á una familia... Pero... aguarde usted un instante. (Volviéndose de pronto.) Pero qué dirá usted de mí, caballero!

ANDRES. Yo? Que es usted encantadora. (Dolores va á la puerta del cuarto y figura observar.) (Esto se presenta bien.)

DOL. Voy á decir á mi esposo que me siento indispuesta.

ANDRES. Perfectamente.

DOL. Que salga él solo.

ANDRES. Admirable!

DOL. Pero qué dirá usted de mí?

ANDRES. Yo! Ni una palabra.

DOL. Baje usted á la calle; haré desde el balcon una señal cuando él se vaya.

ANDRES. No. Esperaré en esa habitacion... la ocupa un amigo mio...

DOL. Y va usted á enterarle?... Qué horror!

ANDRES. No se me había ocurrido...

DOL. Es precisa la mayor reserva.

ANDRES. Soy un pozo, señora, un pozo. (Yendo á cogerle la mano, que ella retira.)

DOL. Bien; váyase usted.

ANDRES. Y si *ese caballero* no quiere salir?

DOL. Saldrá, y en cuanto me vea usted en el balcon...

ANDRES. Subo.

DOL. Eso es.

ANDRES. Ay qué ojos!

DOL. Silencio! (Va hácia la puerta y vuelve.) Pero qué dirá usted de mí, caballero!

VICENTE. (Dentro.) Andrés!

DOL. Ah! (Váse rápidamente por la primera derecha.)

ESCENA V.

ANDRÉS, luégo VICENTE.

ANDRES. Estoy asombrado! Qué mujeres, Dios mio, qué mujeres! Y el marido ahí!

VICENTE. (Que sale poniéndose el frac.) Pero entras ó no?

ANDRES. Calla!

VICENTE. Has enviado ya la tarjeta?

ANDRES. No; ni la envio.

VICENTE. Cómo?

ANDRES. No puedo ír al teatro; tengo una cita. La rubia del tramvía vive ahí... en ese cuarto.

VICENTE. Ah!

ANDRES. Va á echar á la calle á su marido... Voy á esperar que me haga una señal desde el balcon... retírate... Vas á espantarme la pesca... No puedo ser más explícito. Anda, vete. Mañana nos veremos. (Empujándole hácia el cuarto.)

VICENTE. Pero hombre, explícame...

ANDRES. Vete, vete. (Le obliga á entrar.)

ESCENA VI.

ANDRÉS, luégo DOLORES.

ANDRES. Es una aventura, una verdadera aventura. Y esa mujer no está acostumbrada á estos lances... Su turbacion, su inquietud... Quién será su marido? Si me costará un garrotazo! No importa. Esta es la vida... así goza uno.. Me voy á la calle.

DOL. Todavía aquí! Váyase usted. Qué está usted pensando?

ANDRES. Ah señora! Ya me voy, ya. Soy muy feliz, muy feliz. (Váse.)

ESCENA VII.

DOLORES y MARÍA.

MARIA. (Saliendo.) Y muy pillo!

DOL. Que va á oirte!

MARIA. Sin verlo no lo creería? He tenido que contenerme mucho para no salir, descubrirlo todo y armar un escándolo.

DOL. Paciencia, hija, paciencia. Esta noche vamos á conocer á fondo á nuestros maridos. Ya verás el otro. Allí está

poniéndose de frac y corbata blanca para ir á divertirse...

MARIA. Pues yo aseguro que se ha de divertir: vengaré en el tuyo la infidelidad del mio. Y pronto, no vaya á escaparse. (Toca el timbre.)
Andrés está en la calle?

DOL. Sí.

MARIA. Tenlo de planton tres ó cuatro horas: no me contento con ménos.

DOL. Cuando conozca que se impacienta le diré desde el balcon que espere.

MARIA. Eso es. (Al camarero que ha entrado.) Pase usted el recado. (Entra el Camarero pór la primera izquierda.)

DOL. Voy á veros desde allí. (De seguro Vicente no es como el otro.) (Entra por la primera derecha.)

ESCENA VIII.

MARIA, despues VICENTE.

MARIA. Ah maridos busca-ocasiones, ya es tiempo de que lleveis una lecioncita.

CAM. (Que sale.) Tenga usted la bondad de sentarse, saldrá al momento.

MARIA. Como yo no lo eche á perder no será malo. Voy á probar mis condiciones de actriz.

VICENTE. (Una señora que me busca!) Señora...

MARIA. Caballero! (Descubriéndose.)

VICENTE. Cómo! Usted!

MARIA. Yo misma. Las circunstancias me han obligado á venir, soy muy desgraciada. No me juzgue usted sin oirme.

VICENTE. No vuelvo de mi sorpresa.

MARIA. Ha llegado el momento de decír á usted la verdad, de declarárselo todo. Yo soy víctima de una pasion.

VICENTE. Señora!

MARIA. De una pasion por usted!

VICENTE. Caracoles!

MARIA. No debía decirlo, pero las circunstancias me fuerzan á hacerlo. Si usted me juzga mal será mi castigo. Piense usted de mí lo que quiera, pero oiga de mis labios la verdad desnuda.

VCENTE. (Pero señor, qué es esto?)

MARIA. Venga usted acá. (Cogiéndole por el brazo le obliga á sentarse á su lado en el divan.)

VICENTE. (Esta mujer está muy nerviosa.)

MARIA. Vicente (ya sé que se llama usted Vicente,) Vicente, yo soy una mujer muy desgraciada.

VICENTE. Ya me lo ha dicho usted, señora; pero no comprendo...

MARIA. Escuche usted mi historia, Vicente.

VICENTE. (Historia tenemos! Malo!)

MARIA. Una historia sombría y terrible.

VICENTE. (Sospecho que á esta mujer le falta algo. (Señalando la cabeza.

MARIA. Tenía yo qnince años, la edad de las ilusiones; era una flor que abría su capullo al soplo de la brisa; golondrina que se lanzaba al aire en su primer vuelo; mariposa que ostentaba con orgullo sus alas de brillantes colores.

VICENTE. (Ah! Vamos, es poetisa.)

MARIA. Amaba con la vehemencia de la primera pasion á un jóven empleado en Aduanas.

VICENTE. (No es poetisa.)

MARIA. Habíamos nacido el uno para el otro; nuestras almas eran gemelas.

VICENTE. Muy bien.

MARIA. Mis padres... Los padres son tiranos.

VICENTE. Á veces.

MARIA. Se oponían á nuestros amores. ¿Usted sabe lo que es una pasion contrariada?

VICENTE. Me lo figuro.

MARIA. Es el torrente que halla un dique á su paso, lo destruye y prosigue su carrera. No podíamos dejarnos de amar. Ah!

VICENTE. (Sí, la falta algo.)

MARIA. Los padres no comprenden esto. En la juventud se ama, en la vejez se piensa. Ellos pensaron y no sintieron.

VICENTE. ¿Y qué fué lo que pensaron?

MARIA. Que yo sería feliz casándome con un hombre que me doblaba la edad; un ser aborrecible á quien me unieron forzosamente; un hombre rico que me ofrecía oro cuando yo buscaba amor. Ese es mi esposo.

VICENTE. Y el jóven empleado en Aduanas?

MARIA. Se arrojó por un balcon.

VICENTE. Jesús!

MARIA. Y mató á un caballero que pasaba por la calle.

VICENTE. Y él?

MARIA. No se hizo daño. Al siguiente dia partió para Filipinas.

VICENTE. Y no ha vuelto?

MARIA. No ha vuelto. Pero usted es su retrato; es él mismo que alienta y vive.

VICENTE. Ya!

MARIA. Cuando me ofreció usted su paraguas aquella tarde tempestuosa entre los relámpagos que me cegaban y los truenos que me ensordecían, quedé aterrada, creí que era usted su sombra. Porque esos ojos no son de usted, son suyos; ese bigote no es de usted, es suyo; esa mirada no es de usted, es suya.

VICENTE. Permítame usted, señora, todo esto es mio. (Está rematada.)

MARIA. Por eso le amo á usted.

VICENTE. Muchas gracias. (Valiente conquista.)

MARIA. Yo he querido vencer esta pasion que me domina. Cuando nos vimos en el baile de máscaras...

VICENTE. Ah! Era usted! Por fin lo confiesa. Y por qué me lo negó ayer tan obstinadamente?

MARIA. Quería dominarme y no he podido.

VICENTE. (Qué lástima!)

MARIA. Esta mañana ocurrió en mi casa una escena terrible. Mi esposo, cogiéndome así, por un brazo, me dijo estas palabras: Miserable mujer, ya sé que amas á un hombre á quien en sueños nombras todas las noches: él

y tú perecereis á mis manos. Y quien nombró es usted.

VICENTE. Demonio! Pero, señora, cómo ha averiguado usted mi nombre y mi domicilio?

MARIA. El amor lo descubre todo. Sé que se llama usted don Vicente del Valle y que vive aquí con una hermana suya.

VICENTE. (Pues te han enterado bien.)

MARIA. Cuando conocí que mi esposo había descubierto mi oculta pasion, temblé por usted y por mí. Salió esta noche y yo vine veloz para decir á usted: Vicente, rompamos el lazo odioso que me une á ese hombre aborrecido; tú me amas...

VICENTE. (Ya me tutea!)

MARIA. Eres libre, así me lo dijiste al menos...

VICENTE. Sí.

MARIA. Huyamos juntos, escapemos á la cólera de ese hombre que ha de buscarnos y ha de perseguirnos, y solos, lejos, muy lejos, seamos dichosos con nuestro amor, rodeados de felicidad y de misterio.

VICENTE. (Encantadora proposicion!) Señora...

MARIA. Qué respondes?

VICENTE. (Lástima que esté loca! Es muy guapa!) Señora...

MARIA. Llámame Blanca.

VICENTE. Pues bien, Blanca, Blanquita... eso es imposible...

MARIA. Cómo!

VICENTE. Usted tiene un esposo que la ama... hay lazos indisolubles, y el que ayuda á romperlos es digno... de cualquier cosa. Yo no quebrantaré nunca los vínculos sagrados de la familia. Su esposo de usted, por el solo hecho de serlo, es para mí muy respetable.

MARIA. Eso responde usted?

VICENTE. Eso respondo. (Á ver si se marcha y me deja en paz.)

MARIA. Y cuando yo le dije la primera vez que me habló que era casada, que podía comprometerme, ¿por qué insistió en sus galanterías y me persiguió más tarde y me obsequió en las máscaras y me citó para el baile siguiente? ¿Por qué ayer cuando yo le rechazaba, usted persistía en acompañarme y no pensaba en mi esposo

ni en los sagrados vínculos de la familia?

VICENTE. (Algunas veces parece que no está loca esta mujer.)

MARIA. Diga usted que no me ama, diga usted que sus protestas de cariño fueron mentira y ficcion, y cuando yo lo oiga de sus labios, cuando esté cierta de mi desventura... Este arma pondrá término á mis desdichas. (Sacando del bolsillo una pistola.)

VICENTE. Señora! una pistola!... que se le puede soltar á usted un tiro.

MARIA. Dos tiene! uno para usted, otro para mí.

VICENTE. Con uno bastaba para divertirnos. Déme usted ese arma y reflexione...

MARIA. No se acerque usted!

VICENTE. Por mi amor!

MARIA. Eso me desarma. (Vicente se acerca y le coge la pistola.)

VICENTE. (Estaba en el seguro, pero más seguro es quitársela.) Hablemos con tranquilidad. (Deja la pistola sobre el aparador.)

MARIA. Ese es mi deseo. Soy tan dichosa viéndome á tu lado! Tutéame.

VICENTE. No hay inconveniente. Como tú quieras. (Pobreciila!)

MARIA. Has dicho que me amas!

VICENTE. Creo que sí.

MARIA. Pues bien, huyamos!

VICENTE. Á dónde?

MARIA. Lejos de mi esposo, lejos de Madrid, lejos de todo lo que nos rodea.—Ya no me separaré nunca de tí.

VICENTE. (Estoy divertido.)

MARIA. Aquí me esconderé hasta que marchemos... Ocúltame.

VICENTE. Eso es imposible.

MARIA. Por qué?

VICENTE. Porque... mira... no te alteres, óyeme con calma. Atiende á mis razones que son poderosísimas. Domínate, domínate.

MARIA. (Como haciendo un esfuerzo sobre sí misma.) Ya escucho.

VICENTE. Yo dije que era libre, verdad?

MARIA. Libre como el pájaro en el aire.

VICENTE. No me comparé á ningun pájaro, pero en fin, es igual.

—Dije que era libre?—Pues bien... (allá va!) mentí. Perdóname.

MARIA. No eres libre?

VICENTE. No.

MARIA. Eres casado?

VICENTE. Casado.

MARIA. Y tu mujer?

VICENTE. Qué idea! (Bajando la voz.) Ahí dentro... Por eso te suplico que te vayas... Ya nos veremos... Ya te buscaré... Comprende que si ella sale y nos ve aquí... puede darse un escándalo.

MARIA. No me voy. Me amas? Luégo le aborreces.

VICENTE. (Qué consecuencias saca esta señora!)

MARIA. Te es odiosa y tienes un arma. Mátala!

VICENTE. Señora, ni en broma me diga usted esas cosas.

MARIA. No te atreves? Cobarde! La mataré yo. (Dirigiéndose al cuarto.)

VICENTE. Señora, cálmese usted, no está ahí. (Felizmente, que si estuviera me habrías dado la noche.)

MARIA. No está ahí? (Despues de pensar un momento.) Me marcho.

VICENTE. De veras? (Qué felicidad!)

MARIA. Pero vuelvo.

VICENTE. (Al momento me pescas.)

MARIA. Volveré para no marchar ya nunca.

VICENTE. Muy bien.

MARIA. Adios: espérame! Vicente!

VICENTE. Sí. (Sentado.) Adios.

MARIA. Me amarás eternamente?

VICENTE. Eternamente!

MARIA. Hasta luégo.

VICENTE. Adios.

MARIA. Adios. (Váse.)

ESCENA IX.

VICENTE, que toca el timbre, luégo el CAMARERO.

VICENTE. Pero cómo no habré conocido ántes que estaba loca?

No. La verdad es que parecía una persona sensata; nadie hubiera creido...

CAM. Qué manda usted?

VICENTE. Si vuelve esa señora, bajo ningun pretexto la permita usted llegar aquí. Dígala usted que me he mudado, que me he ido de Madrid, que me he muerto; cualquier cosa,

CAM. Está bien.

VICENTE. Voy á ponerme el gaban y escapo. (Entra en su cuarto.)

ESCENA X.

CAMARERO, MARÍA, que sale por el foro, se dirige á la habitacion de la derecha y llama. Luégo DOLORES y D. INOCENCIO.

MARIA. Dolores, don Inocencio! Vengan ustedes.

DOL. Qué hay?

INOC. Repito que no quiero meterme en nada.

MARIA. Vamos, pronto. (Vánse por el foro.)

ESCENA XI.

CAMARERO, luégo VICENTE, despues MARÍA.

CAM. Belenes muy gordos he visto; pero como este ninguno.

VICENTE. (Que sale con gaban poniéndose el sombrero.) Conque cuidado eh? De ninguna manera deje usted entrar á esa señora. Diga lo que quiera.

CAM. Así lo haré.

VICENTE. Que no estoy aquí, que no sabe nadie donde he ido.

CAM. Está bien.

VICENTE. Buenas noches. (Junto á la puerta del foro.)

MARIA. (Entrando muy agitada.) Detente!

VICENTE. (Me atrapó!) (El Camarero se va.)

MARIA. Mi marido sube, me ha visto, nos busca, quiere matarnos!

VICENTE. Canastos!

MARIA. Ocúltame, ó somos perdidos.

VICENTE. Pero, señora...

MARIA. (Mirando hácia fuera.) Ahí está; sálvame... (Se entra en el cuarto de Vicente.)

VICENTE. Señora! Que me compromete usted!

ESCENA XII.

VICENTE, luégo DOLORES.

VICENTE. Vaya, me alegro que venga el marido.—Esto ya no se puede sufrir. Le diré lo que me pasa, y que se lleve á su mujer y me deje en paz.—Los locos deben estar en un manicomio, y no sueltos por las calles molestando á las gentes pacíficas.—Á ver, dónde está ese caballero?... (Va hácia el foro y se detiene al ver á Dolores.) Mi mujer!

DOL. Tú aquí á estas horas? No esperaba encontrarte.

VICENTE. No? Pues... yo tampoco esperaba verte hasta mañana... Porque como... pues... tu tia... (No sé lo que digo.) ¿Cómo está tu tia?

DOL. Se ha aliviado, y por eso he venido. El tio me ha acompañado hasta la puerta. ¿Vas á salir? Vete.

VICENTE. No, si no iba á salir... Es decir, sí iba á salir, y me alegro que hayas venido, porque así saldremos juntos.

DOL. Me duele algo la cabeza y voy á acostarme.

VICENTE. Espera, espera...

DOL. (Está pasando las de Cain.) Qué quieres?

VICENTE. Te duele la cabeza, verdad? Pues precisamente, por eso debes salir un poco, pasearemos por las calles y te despejarás con el fresco... (Ofreciéndola el brazo.) Anda, vamos, verás cómo te alivias.

DOL. No, no salgo.

VICENTE. Qué capricho!

DOL. Capricho es el tuyo. No te privo de que salgas; vé donde quieras.—Pero qué tienes? Estás malo? Parece que estás inquieto!

VICENTE. Yo? Cá! No!

DOL. Sí; tú tienes algo. No me lo niegues. Te arden las manos. Toma un vaso de agua con azahar... Y acuéstate, acuéstate al momento.

VICENTE. (Eso es; con la otra allí!)

DOL. Te ha sucedido alguna cosa? ¿Has tenido algun disgusto?

VICENTE. Disgusto? No! Cá!

DOL. Ya me has puesto intranquila.

VICENTE. Repito que no tengo nada, mujer.

DOL. Vamos, pues en ese caso, hazme el favor de salir. (Abriéndole el gaban.) Y estás de frac? No te prives de ir á donde pensabas... (Poniéndole el sombrero, que ha dejado sobre el divan.) Anda, Vicentito, vé á distraerte un rato... Anda, hijo mio.

VICENTE. (Y cómo la dejo aquí con la otra?)

DOL. Yo me voy á la cama...

VICENTE. No; (Deteniéndola.) espera, espera un momento aquí. Voy á entrar ántes, porque he dejado el balcon abierto para que se ventile el cuarto... No vayas á resfriarte... Espera aquí... Yo te llamaré. (Si no quiere salir por la otra puerta, soy capaz de echarla por el balcon. (Entra en el cuarto.)

ESCENA XIII.

DOLORES, luégo VICENTE.

DOL. No sabe cómo sacarla de ahí. Está pasando el gran sofoco. Merecido lo tiene. (Escuchando á la puerta.) La dice que salga por la otra puerta, mientras yo entro por esta. La promete huir... Ella accede... Él se acerca...

VICENTE. (Que abre la puerta de pronto, asustándose al ver junto á ella á Dolores.) Ah!—Entra, entra; ya está el balcon cerrado (Procurando ocultar á la vista de Dolores con la puerta á María, que sale sigilosamente por la segunda.) Gracias á Dios!)

ESCENA XIV.

MARÍA y VICENTE.

VICENTE. (Á Dolores.) Acuéstate, ecuéstate, yo volveré muy pronto.—Hasta luégo. (Yendo hácia María, que se ha quedado

junto á la segunda puerta.) Señora! (Toda la escena á media voz y rápidísima.) Me ha puesto usted en un compromiso horrible. Vamos, voy á llevarla á usted á su casa.

MARIA. Á mi casa! No! Mi marido me mataría! Estará esperando en la calle! (Y es verdad.)

VICENTE. Entónces... Qué hacemos! (Toca el timbre.) Esto es lo mejor. (Al Camarero que entra.) Hay alguna habitacion desocupada?

CAM. Esa. (Señalando al número ocho del fondo.) El ocho.

VICENTE. Traiga usted la llave.

CAM. Está puesta.

MARIA. (Recatándose de que lo oiga el Camarero.) Qué intentas?

VICENTE. Ya lo verás, bien mio!—Dónde vives?

MARIA. Sombrerete, diez, segundo.

VICENTE. Cómo se llama tu esposo?

MARIA. Juan Gonzalez. ¿Por qué me lo preguntas?

VICENTE. Ya lo verás; no temas.

MARIA. (Qué proyectará este!)

VICENTE. Ven, ven aquí, (Llevándola hácia el número ocho.) y espérame. Yo volveré á buscarte á media noche, y huiremos.

MARIA. Sí!

VICENTE. Entra, entra. (Entra María en el número ocho. Vicente cierra la puerta con llave.)

ESCENA XV.

DICHOS, ménos MARÍA.

VICENTE. (Al Camarero.) Ya habrá usted conocido que esta señora está loca de remate!

CAM. Yo? no señor.

VICENTE. Pues bien, lo está. Voy á avisar á su esposo para que venga á recogerla. Tome usted la llave del cuarto; si llama porque necesite algo, sírvala usted lo que pida, pero no la deje salir. Puede armar un escándalo. Yo vendré con su esposo lo ántes posible.—Si esto dura mucho, acabaré por estar tan loco como ella. Juan Som-

brerete, Gonzalez, diez, segundo. (Como recordando las señas. Váse.)

ESCENA XVI.

CAMARERO y DOLORES, que sale al ver desaparecer á Vicente. Luégo MARÍA.

DOL. Deme usted esa llave.

CAM. Tome usted. (Cuando yo digo que este es un lio de marca mayor!)

DOL. (Despues de abrir la puerta del número ocho por donde sale María.) Ya se ha marchado, sal.

MARIA. Habrá ido á avisar á mi esposo! (Riéndose.)

DOL. Has hecho tu papel como una actriz consumada.

MARIA. Y el tio, dónde está?

DOL. En el salon de lectura entretenido con los periódicos.

MARIA. (Al Camarero.) Diga usted á ese caballero que venía con nosotras que le esperamos aquí.

CAM. Está bien. (Váse el Camarero.)

ESCENA XVII.

MARÍA y DOLORES, luégo D. INOCENCIO.

DOL. Ahora se me ocurre que mi esposo se habrá encontrado en la calle con el tuyo.

MARIA. Le estará contando su aventura.

DOL. De fijo; voy á verle desde el balcon y hacer la señal convenida para que suba.

MARIA. Gocemos el placer de la venganza. Ingratos! De esta hecha no les queda gana de perseguir á las casadas.

DOL. Lo malo será que se dediquen á las solteras. (Entra por la primera derecha.)

ESCENA XVIII.

MARÍA, D. INOCENCIO luégo DOLORES.

INOC. Hijas mias, me traeis como un zarandillo. Os he dicho

ya muy claro que no quiero meterme en nada, absolutamente en nada. (Deja su sombrero sobre el divan.) Qué tengo yo que hacer ahora? ¿Qué me quereis?

MARIA. Nuestro plan sale á pedir de boca.

DOL. (Saliendo.) Ya he hecho la señal, ya sube.

INOC. Quién sube? Estoy atontado.

DOL. Retírense ustedes, pronto, que va á llegar.

MARIA. Vamos, tio. (Llevándole.)

INOC. (Pero quién me ha metido á mí en todo esto!) (Entran por la primera izquierda.)

ESCENA XIX.

DOLORES, ANDRÉS.

DOL. Estoy tan inquieta como si no se tratase de una farsa.

ANDRES. Ah! señora! (Entra jadeante.) (Estoy rendido.)

DOL. Dirá usted que le he hecho esperar mucho tiempo.

ANDRES. Cuando se espera la felicidad, todo el tiempo parece largo. (Y sobre todo de pie.) Pero me considero tan dichoso al verme ya al lado de usted, que... (Va á cogerla una mano.)

DOL. Caballero!

MARIA. (Sacando la cabeza por la puerta.) Eh?

ANDRES. Cómo?

DOL. Nada, nada.

ANDRES. Creí.

DOL. Es preciso que tengamos la mayor prudencia; mi esposo tiene celos de todos y su carácter es violento y terrible. Yo soy una mártir.

ANDRES. (Todas lo mismo.)

DOL. Mi vida es muy triste, muy amarga.

ANDRES. Ah! Yo procuré endulzar con mi cariño...

DOL. Silencio! Álguien viene. (Vá á la puerta del foro.) Mi marido!

ANDRES. Canastos! (Demostrando en su agitacion un pánico espantoso.)

DOL. Ocúltese usted!

ANDRES. Dónde?

DOL. Aquí, en mi cuarto.

ANDRES. (Esta noche me gano una paliza.) (Entra por la primera derecha.)

DOL. (Con rapidez desde la puerta.) Apague usted la luz, y cuando vea usted abrir esta puerta salga por la otra. Si lo encuentra á usted mi marido lo mata. (Cierra la puerta.)

ESCENA XX.

DOLORES, que habla en voz muy alta, mientras se dirige á la primera puerta izquierda por donde salen D. INOCENCIO y MARIA.

DOL. Hola! Cómo vuelves tan pronto? Sin duda se te ha olvidado algo. Siempre te pasa lo mismo. (Á D. Inocencio.) Diga usted que viene por cualquier cosa.

INOC. Vengo por cualquier cosa. (Tose muy fuerte como para disimular lo que ha dicho.)

MARIA. (Á Dolores.) (Dándole la pistola que coge del aparador.) Toma, está cargada con polvora sola, no tengas cuidado. (Sin que lo oiga D. Inocencio.)

DOL. (Vete.) (María entra por la primera izquierda.) (Dolores á Don Inocencio.) Yo te sacaré lo que quieras. ¿Para qué has de molestarte en buscarlo? (Diga usted que no.)

INOC. No.

DOL. Sospecharás lo ménos que tengo á álguien oculto. Entra y convéncete. (Le empuja al abrir la puerta á tiempo que sale por la segunda Andrés sin sombrero.)

ANDRES. (Á Dolores con el aliento.) Se me ha caido el sombrero!

DOL. (Lo mismo.) Huya usted! (Entra en el cuarto.)

ANDRES. Pero cómo me voy yo así á la calle? Ah! me llevo este! (Coge el de D. Inocencio á tiempo que suena el tiro.) Jesús! (Se pone el sombrero, que se le cuela y echa á correr tropezando con el Camarero que entra al salir por el foro.)

MARIA. (Saliendo.) Valiente susto lleva en el cuerpo! (Sale riendo Dolores.)

INOC. (Que sale aterrado y cae sin sentido sobre el divan.) No es flojo el que me habeis dado á mí!

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La misma decoracion del primero.

ESCENA PRIMERA.

ANDRÉS, luégo FACUNDO.

ANDRES. Qué noche, Dios mio, qué noche! No he sufrido más en mi vida. Qué agitacion! Qué inquietud! Qué duda tan horrible! El recuerdo de aquella detonacion suena en mis oidos sin cesar como una explosion del infierno. Luégo esta repentina enfermedad de María, todo se ha juntado para desesperarme. Y por qué se habrá encerrado en su cuarto? Y por qué no querrá abrir? Cualquiera diría que no ignoraba lo sucedido... Es imposible que lo sepa. Y despues de todo más vale que no me vea, porque conocería mi sobreexcitacion y no sabría qué decirle. Parece que tengo embotados los sentidos. Pero ese criado que no trae los periódicos... (Al dirigirse al foro aparece en la puerta Facundo que trae muchos periódicos.)

FAC. Aquí están todos los diarios. (Entregándoselos á Andrés.)

ANDRES. Gracias á Dios! Vienen todos los de la mañana?

FAC. Todos.

ANDRES. Está bien. Retírate.

FAC. (Á este le ha pasado alguna cosa muy gorda.) (Váse.)

ESCENA II.

DICHO, ménos FACUNDO.

ANDRES. (Repasando con avidez todos los periódicos.) Alguno dará cuenta del suceso, de seguro, y quiera Dios que no lo haga con nombres propios. (Leyendo.) «El ministro de »Hacienda... Ayer interpeló en el Congreso... Ha llega»do á Madrid. Anoche...» Ay! «Anoche se efectuó el en»lace de la linda señorita...» Qué me importa á mí todo esto! «Se dice que la minoría... Mañana... Anoche...» Ay! «Anoche salió para Barcelona...» (Arroja al suelo el periódico.) Este no dice nada. (Repasando otro.) «Asegu»ran... Hay muchas probabilidades... Un crímen horri»ble...» Dios mio de mi alma! «Un crímen horrible se »perpetró el domingo...» Qué me importan á mí los crímenes del domingo? Los de anoche... (Leyendo.) «Anoche »se cantó en el Teatro Real... Mañana probablemente.. »Tenemos noticias fidedignas... El reputado artista...» Nada, no dicen nada. (Toma otro periódico.)

ESCENA III.

DICHO y MARÍA, que sale sigilosamente de su habitacion y se acerca de puntillas á Andrés.

ANDRES. «Ignoramos el fundamento... El empréstito de que han »hablado... Anoche entre nueve y diez y en una de las »fondas más conocidas de esta capital...» Ay!

MARIA. Qué lees?

ANDRES. Ah! (Levantándose vivamente y queriendo ocultar el periódico.)

MARIA. Qué leías con tanto interés?

ANDRES. Yo? Nada! Me entretenía... estaba entreteniéndome... (Aquí habla de ello, no tengo duda.) Déjame, déjame ahora, que estoy muy ocupado.

MARIA. Tanto te interesa la lectura de ese periódico?

ANDRES. No, interesarme, no. ¿Por qué había de interesarme?

MARIA. Como ni siquiera se te ocurre preguntarme si estoy más aliviada...

ANDRES. Ah! Sí. Es verdad. ¿Qué tal? ¿Te encuentras mejor, hija mia! (Abrazándola; procura leer al mismo tiempo el suelto comenzado.) «Entre nueve y diez y en una de las fondas »más conocidas...»

MARIA. Pero, hombre, qué es eso?

ANDRES. Nada, nada.

MARIA. Algo me ocultas.

ANDRES. Yo?

MARIA. Sí. Estás inquieto, nervioso, preocupado... ¿Qué te sucede?

ANDRES. Nada, hija, nada.

MARIA. Tú que nunca lees periódicos tienes aquí toda la prensa española y devoras con avidez ese diario. (Arrebatándoselo de pronto.) Voy yo á ver lo que tanto te interesa.

ANDRES. No, trae!

MARIA. Pero qué es ello?

ANDRES. (Cómo se ha de figurar?..,) Qué es? Pues voy á decírtelo. Hay crísis... sabes? hay crísis... una crísis... horrible...

MARIA. Cómo horrible?

ANDRES. Sí, que salen dos ministros... Y entran otros dos...

MARIA. Y á tí que te importa que salgan ó entren sí nunca te ocupas de política?

ANDRES. Es que se indica á un amigo mio para la cartera de Hacienda... y ya ves, me interesa averiguar si es cierto.

MARIA. Un amigo? quién?

ANDRES. (Quién diré yo?) Gomez!

MARIA. Gomez? Pero si ese hombre no ha sido nunca nada, ni nadie le conoce...

ANDRES. Eso no importa. Ya ves, para Hacienda cualquiera sirve. No es el primero Gomez... ni será el último... Trae el periódico.

MARIA. No te lo doy.

ANDRES. Por qué?

MARIA. Es natural que te interese más saber si entra ó nó en el ministerio un cualquiera, que enterarte de la salud de tu mujer?

ANDRES. María! Mariquita! Es posible que creas eso? ¿Cómo te encuentras? Qué tal estás? Cómo has pasado la noche?

MARIA. Ya me siento mejor.

ANDRES. (Dominaré un momento mi impaciencia.) Tienes buen semblante; no se te conoce que hayas estado mala. Pero qué sería aquello? Fué un ataque terrible... sufriste una convulsion tremenda... No podía sujetarte... y me diste tres bofetadas atroces.

MARIA. Nerviosas.

ANDRES. Ya lo sé, hija mia, ya lo sé. Bofetadas nerviosas, pero muy fuertes.

MARIA. Pobre Andrés! (Deja caer el periódico.)

ANDRES. Eso no importa nada. Lo interesante es que ya te encuentres restablecida... (Recogiendo del suelo el periódico y buscando con la vista el suelto de espaldas á María.) Y lo estás... ya lo creo que lo estás! «En una de las fondas más conocidas de esta capital...»

MARIA. Saldremos despues á dar un paseito, eh?

ANDRES. Sí, sí. «Á un caballero que había llegado pocos dias hace con su señora...» Ay!

MARIA. Y haremos dos ó tres visitas. ¿No te parece?

ANDRES. Sí; todo lo que quieras. (Leyendo.) «Con su señora, le »fueron robados treinta mil reales...» (Tirando el periódico.) Qué me importa á mí todo esto?

MARIA. No dicen nada de la candidatura de tu amigo?

ANDRES. Nada, nada. Voy á ver si en estos otros periódicos...

FAC. (Desde el foro.) El señor don Vicente del Valle...

MARIA. (Él!) Me retiro

ANDRES. Si es el amigo de quien te hablé anoche...

MARIA. No estoy ahora para presentaciones... Haz que se vaya pronto...

ANDRES. (Á Facundo.) Que pase...

MARIA. Hasta luégo. (Se va rápidamente.) Dile que no estoy en

casa. (Á Andrés.)

ANDRES. Me alegro que se vaya. Así podré averiguar lo que ocurre... Estoy febril.

ESCENA IV.

ANDRÉS, VICENTE.

FAC. Pase usted.

ANDRES. Vicente!

VICENTE. Qué hay?

ANDRES. Eso te pregunto: qué sucede? qué sabes de lo ocurrido anoche en la fonda? Vamos, pronto, sácame de esta ansiedad.

VICENTE. Tranquilízate, hombre, tranquilízate. Anda por ahí tu mujer?

ANDRES. Está en su cuarto. Se siente algo indispuesta; ha pasado mal la noche; pero no tan mal como yo.

VICENTE. Sabe algo acaso?

ANDRES. Qué ha de saber!

VICENTE. Y tú ignoras lo ocurrido en la fonda?

ANDRES. Claro está. Que ha pasado? Dímelo pronto.

VICENTE. Calma, calma.—Anoche cuando bajé á la calle en busca del marido de aquella infeliz que tan mal rato me proporcionó, tú esperabas la seña de tu desconocida para subir á su cuarto; no es esto?

ANDRES. Eso es. Hizo la señal, subí, y apenas habíamos empezado á hablar, vuelve el marido, me oculto en su habitacion, y cuando él entra en ella salgo por una de escape. El sombrero se me habia caido en la oscuridad; cojo el primero que hallo á mano; suena un tiro, me aterro, huyo sin saber lo que hacía, atropello á un camarero y á una señora que subían por la escalera, y que suponiendo sin duda que era yo quien habia disparado gritan: á ese! á ese! Ya en la calle me sereno algo y dudo si volver á enterarme de lo sucedido. Pero el temor de averiguar algo terrible ó de comprometerla más presentándome en aquel sitio, me hizo desistir. Vine á

casa y he pasado una noche... Qué noche, Vicente, qué noche! Cuéntame, por Dios, todo lo que sepas, todo. Qué fué aquel tiro?

VICENTE. Escucha... y tiembla.—Llego á la calle del Sombrerete número diez, y ni allí vive ningun Juan Gonzalez, ni doy con él en todo el barrio. Me convenzo de que aquella mujer me ha engañado y vuelvo á la fonda. No estaba allí. Obligó al camarero á abrirle la puerta del cuarto y marchó sabe Dios á dónde. Ojalá no vuelva á verla en mi vida!—Entro en mi habitacion y hallo á mi mujer aterrada por la catástrofe ocurrida en el cuarto de enfrente.

ANDRES. Pero qué pasó? Acaba pronto.

VICENTE. Segun mi mujer, el marido de aquella señora la sorprendió con un amante...

ANDRES. No es cierto, no me vió! Pero debió encontrar mi sombrero...

VICENTE. Para el caso es lo mismo. Al creerse burlado por su esposa sacó un rewolver... y se pegó un tiro.

ANDRES. Jesús! Él! Por mí!—Dios me perdone! (Cayendo desfallecido sobre una silla.)

VICENTE. No, no creas que ha muerto, no. La cosa no tiene mucha gravedad. La bala se le ha llevado solo la mitad de la nariz.

ANDRES. La mitad? De veras? Nada más que la mitad?

VICENTE. Nada más.

ANDRES. De todas maneras es horrible!

VICENTE. Mi mujer es la única que se ha enterado del suceso. Los demas huéspedes de la fonda creen que fué un disparo casual é ignoran que el esposo está herido.

ANDRES. Y todo por culpa mia!

VICENTE. Buena noche de aventuras! Nos hemos divertido los dos. Te aseguro que no me queda gana de meterme en otra! Y á tí?

ANDRES. No me hables! Estoy trastornado! Mi cabeza es un volcan, necesito respirar el aire libre. Espera un momento y saldremos juntos... (Media naríz! Yo soy el res-

ponsable! No me lo perdonaré nunca.) (Entra en su cuarto.)

ESCENA V.

VICENTE, luégo MARÍA.

VICENTE. Pobre Andrés! Está preocupado. Y verdaderamente el caso no es para menos.—Despues de todo, aunque desgraciada, mi aventura no ha tenido tan malas consecuencias como la suya. Para evitarlas en lo sucesivo hoy mismo nos mudaremos á otra fonda, no se le ocurra buscarme de nuevo á aquella desdichada y se entere mi mujer y tengamos el gran disgusto.

MARIA. (Que sale de su cuarto con manto de mañana, figurando hablar con alguien que se supone dentro.) Adios, María, adios.

VICENTE. (Al oir su voz.) Eh? (Demonio!)

MARIA. Cómo? Usted aquí, caballero! Es posible que me persiga usted por todas partes!

VICENTE. Pues me gusta!

MARIA. Qué hace usted aquí?

VICENTE. Eso digo yo, qué hace usted?

MARIA. Soy amiga de la señora de esta casa, que obligará á usted á respetar mi decoro.

VICENTE. Pero, si yo no...

MARIA. Lo que hizo usted anoche conmigo fué indigno de un caballero. Todo acabó entre nosotros.

VICENTE. (Cuánto me alegro!)

MARIA. Sólo quiero ya proporcionarme el placer de la venganza. Su mujer de usted sabrá todo lo ocurrido, yo se lo juro.

VICENTE. Señora.

MARIA. Todo! Todo! (Váse por el foro.)

ESCENA VI.

VICENTE, luégo ANDRÉS.

VICENTE. Señora! Esta mujer va á ponerme en un compromiso.

Es necesario salir de aquella fonda inmediatamente. Tambien es casual que sea amiga de la mujer de Andrés! Ahora sabré por fin quien es ella.

ANDRES. (Saliendo.) Vamos, vamos pronto.

VICENTE. Espera. Oye. La loca sale de aquí en este momento.

ANDRES. Qué loca!

VICENTE. La mia!—Es amiga de tu mujer.

ANDRES. De mi mujer!

VICENTE. Sí.—Tú la conoces indudablemente. Necesito que averigues quien es, y me lo digas. Se ha marchado amenazándome con descubrirlo todo á Dolores... Ya ves qué conflicto!

ANDRES. Déjame, déjame por Dios ahora. No tengo la cabeza para nada, no quiero ver á María. No quiero verla; me conocería en la cara todo lo que estoy pasando. (Yendo á la puerta del foro.) Facundo!

VICENTE. Pero, hombre, considera...

ANDRES. Luégo averiguaré cuanto desees, déjame ahora! (Á Facundo que entra.) Dame el sombrero. (Facundo sale, y entra inmediatamente con el sombrero. Á Vicente.) Tú no sabes cómo tengo la cabeza. Esto no es cabeza. (Á Facundo) Si pregunta por mí la señora, dila que he tenido que salir, que acaso vuelva pronto, que me espere... Vamos.

VICENTE. Vamos.

ANDRES. Media nariz, Dios mio! (Vánse.)

ESCENA VII.

FACUNDO, luégo MARÍA, por el foro.

FAC. Aquí pasa algo que yo no comprendo. Esto de ocultar á su tio, tiene algun intríngulis.—Ah! Señora! El señorito ha dicho...

MARIA. Ya lo sé, vete.

FAC. (Cerrándose la boca con la mano,) Punto en boca.

ESCENA VIII.

MARÍA, luégo D. INOCENCIO.

MARIA. (Yendo á la puerta de su habitacion.) Tio! Tio! Salga usted.

INOC. Ya era hora, hija mia. Te aseguro que me voy cansando de jugar al escondite, y que la broma me va pareciendo pesada, pero muy pesada. Cuando se descubra todo van á hacerme responsable de lo sucedido, y voy á tener un disgusto, y yo no estoy para disgustos.

MARIA. Querido tio!

INOC. Sí, mucho querido tio, querido tio, para hacer todo lo que se te antoja y traerme y llevarme como un monigote. Esto es indigno de mis años y de mis circunstancias y de mis... pues. Indigno.

MARIA. Y no merezco este sacrificio de usted para conquistar el cariño de mi esposo, que se extravía?...

INOC. Pensarás que despues de todo esto no volverá á extraviarse...

MARIA. Cómo? Cree usted de veras... Ay Dios mio!

INOC. No, hija mia, no llores, no se extraviará más.—Pero no comprendo lo que os proponeis con todo esto.

MARIA. ¿Qué nos proponemos? Enseñar á nuestros maridos la inquietudes, la intranquilidad, la zozobra en que vive todo aquel que teniendo en su hogar paz y cariño, busca por fútil capricho, aventuras criminales que alejan de su casa la dicha, y llevan á la agena lágrimas y sangre. Eso nos proponemos; y si el corazon de nuestros esposos nos pertenece todavía, si su conducta es sólo consecuencia de un ligero extravío, olvido momentáneo para con nosotras, ellos volverán en sí cuando el engaño acabe, y al comparar las intranquilas horas de la infidelidad, con las horas serenas que disfrutan al lado de sus mujeres, si no prefieren éstas, será que son muy malos... ó muy tontos.

INOC. Muy bien, muy bien me parece todo eso. Lo que hace falta es que á ellos les parezca tan bien como á mí.

DOL. (Fuera.) No necesito que me anuncien.
MARIA. Ahí está Dolores.

ESCENA IX.

DICHOS y DOLORES.

DOL. Buenos dias!
MARIA. Has descansado?
DOL. Yo muy bien, y ustedes?
INOC. Perfectamente. Con el jaleo de anoche estaba rendido.
DOL. Acabo de ver á tu esposo que se dirige hácia aquí. Yo venía en coche y á eso debo el que no me haya visto.
MARIA. Con tu marido salió de aquí hace un rato.
DOL. Con mi marido? Pues venía solo.
MARIA. Acabarán de separarse.
DOL. Vicente está aterrado á la sola idea de que has de volver á la fonda. Esta mañana me dijo que hoy mismo nos mudaremos. Anoche tuvo una pesadilla horrible. Decía: loca! loca! y se le estremecía todo el cuerpo. Tengo la seguridad de que ya en su vida se atreve á enamorar á ninguna.
INOC. Á ninguna loca? puede ser.
MARIA. Han llamado. Acaso sea Andrés.
DOL. Déjenme ustedes sola. Voy á hacer la última escena de la comedia.
INOC. Pero todavía!...
MARIA. Tiene razon, dejémosla.—Venga usted, tio.
DOL. Cierra por dentro la puerta.
MARIA. Bueno.
DOL. (Sentándose.) Mi visita le va á sorprender un poco.

ESCENA X.

DOLORES y ANDRÉS, que entra muy preocupado.

ANDRES. Media nariz!
DOL. Caballero!
ANDRES. ¡Señora... usted aquí!

DOL. Debía usted esperarme.

ANDRES. Yo!

DOL. Acaso ignora usted lo que ocurre?

ANDRES. Pero quién le ha dicho á usted dónde vivo? ¿Quién le ha inspirado la idea de venir á mi casa? No comprende usted que este es un compromiso horrible para mí? No sabe usted que soy casado? ¿Que mi mujer puede salir y vernos? Y qué le digo yo entónces?

DOL. La verdad.

ANDRES. Cómo!

DOL. Que usted me ha comprometido, turbando la paz de mi matrimonio, que usted me asediaba sin cesar por todas partes, que de nada me ha servido imponerle respeto, y que anoche tuve la imprudencia de darle una cita para suplicarle que me dejase en paz, que no me comprometiera.

ANDRES. Pero me citó usted para eso!

DOL. Pues qué había usted creido?

ANDRES. (Y me pasé dos horas en la calle!)

DOL. Esa imprudencia mia ha tenido resultados funestos. Mi esposo...

ANDRES. Ya lo sé, señora, ya lo sé.

DOL. Está gravemente herido.

ANDRES. Ya lo sé. (Llevándose la mano á la nariz.)

DOL. Me cree culpable.

ANDRES. Ya lo sé. (Idem.)

DOL. Y qué hago yo ahora?

ANDRES. Marcharse, porque va á salir mi mujer y se va armar el gran escándalo.

DOL. Yo necesito hablar con su mujer de usted.

ANDRES. Está usted en su juicio!

DOL. Necesito contárselo todo.

ANDRES. Para qué?

DOL. Para que me devuelva lo que he perdido.

ANDRES. Y qué ha perdido usted, señora?

DOL. La paz!

ANDRES. Y ella qué tiene que ver con todo esto? Yo le suplíco á

usted que se vaya.—Salgamos juntos si usted quiere; hablaremos por la calle, decidiremos lo que ha de hacerse, procuraré reparar el daño causado... pero es imposible que permanezca usted más en este sitio sin exponerse á que mi esposa salga, y suponiendo mucho más de lo que ha ocurrido, le trate á usted de un modo inconveniente.—Comprenda usted que estará en su derecho... y que yo tendré que apoyarla.

DOL. Esa señora me tratará con el respeto que usted no ha tenido para mí.

ANDRES. Por si acaso, es preferible que nos vayamos.

DOL. De ningun modo.

ANDRES. (Qué hago yo, señor, qué hago yo?)

DOL. Ademas me consta que su mujer de usted no le juzgará hoy con la severidad que otro dia cualquiera.

ANDRES. Eh?

DOL. Estoy segura de ello.

ANDRES. Pero la ha visto usted! Le ha dicho usted algo?

DOL. Cuando necesitamos ocultar faltas propias, solemos ser benévolas con las ajenas.

ANDRES. Qué dice usted!

DOL. Que su esposa de usted disculpará cuanto ha pasado para que usted en cambio sea tolerante con ella.

ANDRES. Y para qué necesita mi tolerancia? Suplico á usted que no se permita ciertas indicaciones. Para obligarme á escuchar á usted, para disculpar su imprudencia, no es preciso que ofenda á mi esposa, que merece ser respetada por todos.

DOL. Y si yo le dijese á usted que su mujer...

ANDRES. Qué?

DOL. Le engaña.

ANDRES. Señora!

DOL. Y si yo pudiera probarlo en este instante.

ANDRES. Yo vuelvo á suplicar á usted...

DOL. Y si yo le dijese que al entrar en esta habitacion un hombre se ha ocultado en esa... (Señalando la de María.)

ANDRES. En esa!

DOL. ¿Á que no sale su esposa de usted? ¿Á que no le permite entrar en su cuarto?

ANDRES. Qué está usted diciendo? (Va al cuarto de su mujer.) Qué es esto! Cerrada!

DOL. Lo ve usted?

ANDRES. (Yendo violentamente hácia Dolores y obligándola con su actitud á lo que indica.) Entre usted ahí... Yo necesito saber que no es cierto. Entre usted ahí, señora. (Entra Dolores en el cuarto de Andrés que llama fuertemente á la puerta del de María.) Acabarán por volverme loco. María! María! Abre! Soy yo!

ESCENA XI.

ANDRÉS y MARÍA

MARIA. Qué sucede?

ANDRES. Por qué no abrías?

MARIA. Á qué vienen esos gritos? ¿Dónde vas?

ANDRES. Déjame entrar.

MARIA. Para qué?

ANDRES. Quién está ahí dentro?

MARIA. (Riendo.) Quién ha de estar?

ANDRES. Déjame, déjame.

MARÍA. No entres.

ANDRES. Por qué?

MARIA. Porque no te lo permito.

ANDRES. Basta de broma, quién está ahí?

MARIA. Nadie.

ANDRES. Necesito verlo.

MARIA. Estás loco?

ANDRES. Déjame entrar.

MARIA. Pero quién supones que se oculta aquí?

ANDRES. Un hombre.

MARIA. Y si así fuera... qué?

ANDRES. Lo mataría! (Entra y saca agarrado de las solapas á D. Inocencio.)

ESCENA XII.

DICHOS, D. INOCENCIO.

INOC. Caracoles! Eso no!

ANDRES. Eh! Qué es esto? Quién es usted?

MARIA. Mi tio Inocencio!

ANDRES. Tu tio!

INOC. Vuestro tio! ¿No me conoces? No tiene nada de particular, como no me has visto en tu vida! Pues yo soy, yo mismo. Y si lo dudas compárame con el retrato que os envié poco tiempo hace, y si no te basta, mira mi cédula de vecindad ó buscaré un fiador de casa abierta. Jé, jé, jé!

ANDRES. Y por qué se ocultaba usted ahí?

MARIA. Para sorprenderte.

INOC. Eso es, para sorprenderte. Pero si me descuido me sorprendes tú á mí de un modo poco agradable. ¡Canastos con la bromita! Venga un abrazo, sobrino.

ANDRES. (Y cómo saco yo á la otra de allí!)

MARIA. Pero quién creías que pudiera estar en mi cuarto? Infeliz!

ANDRES. Qué sé yo! Perdóname, María, estoy trastornado.

MARIA. Pues qué te pasa?

INOC. Comprendo perfectamente que lo esté, la cosa no es para ménos.

ANDRES. Cómo?

MARIA. (Á D. Inocencio.) (Silencio.) (Á Andrés.) Quiere decir, que al sospechar que yo ocultaba en mi cuarto á álguien, es natural que te hayas trastornado.

INOC. Eso es.

ANDRES. Ah! Sí.

INOC. (Mi sobrina para todo encuentra explicacion.)

MARIA. Pero con qué derecho, señor esposo, suponía usted en mí falta tan grave? No comprende usted que la sola sospecha es de tal modo ofensiva que no merece perdon ni disculpa?

ANDRES. Sí, María, sí.

INOC. Basta, basta. Digámosle toda la verdad y acabemos ya de tonterías y de...

MARIA. Pues bien, toda la verdad es que mi tio ha llegado cuando ménos lo esperaba, que viene á pasar con nosotros un par de meses y que pensaba no haberse presentado á tí hasta la hora de almorzar para darte una agradable sorpresa.

INOC. (Pues no se lo dice!)

ANDRES. Ya lo creo que es agradable! Sí señor, tengo sumo gusto en verle por aquí, lo deseaba hace mucho tiempo. (En voz muy alta.) Así disfrutará usted viendo lo feliz que es María á mi lado, lo dichosos que somos los dos. (Á ver si oyendo esto no sale esa mujer.)

INOC. Mucho celebro veros tan felices. (Dolores tose con fuerza. Al oirlo Andrés tose muy fuerte tambien.)

ANDRES. Muy felices, mucho.

MARIA. Ea, voy á enseñarle á usted la casa, tio. Venga usted á ver el cuarto de Andrés.

ANDRES. No! (Poniéndose delante.)

MARIA. Por qué?

ANDRES. Enséñale ántes las otras habitaciones. Anda, que vea los cuadros. Los tengo excelentes. En mi cuarto no hoy nada de particular.

MARIA. Pues por lo mismo que no hay nada de particular, debes dejar que lo vea.

ANDRES. Despues.

MARIA. No, ahora.

ANDRES. Pero por qué ese capricho?

INOC. (Qué gana de martirizar al pobre hombre!)

MARIA. Harás que sospeche, que como yo, ocultas á álguien en tu cuarto.

ANDRES. Qué atrocidad! (Tose de nuevo Dolores y Andrés con más fuerza.)

MARIA. Quién está ahí?

ANDRES. Nadie!

MARIA. He de verlo.

DOL. Soy yo, señora. (Presentándose de pronto.)

ESCENA XIII.

DICHOS, DOLORES.

ANDRES. (Jesucristo!)

MARIA. Ah! Una mujer!

ANDRES. María, yo te lo explicaré, no juzgues sin oirme.

MARIA. Silencio! Hable usted. ¿Qué hacía usted ahí? (D. Inocencio hace señas á Andrés que no repara en él.)

DOL. Su esposo de usted me ha obligado á entrar.

ANDRES. Señora, hágame usted el obsequio... (Pasando en medio de las dos. María le hace volver á su sitio.)

MARIA. Calla.

ANDRES. Pero si yo...

MARIA. Hable usted.

INOC. (Ap. á Andrés.) (No hagas caso de todo esto.)

ANDRES. (Eh?)

DOL. Yo sentiré producir entre usted y su esposo el más pequeño disgusto. Comprendo que usted, ántes de oirme, me juzgará mal; que supondrá usted acaso lo que no ha existido.

ANDRES. (Á María.) No ha existido!... (El mismo juego anterior.) No ha existido, María. Tio, no ha existido.

MARIA. Silencio.

DOL. Todo ello es sólo una ligereza de ese caballero, que siguiendo la vulgar costumbre de pasar el rato haciéndo el amor á la mujer del prójimo...

MARIA. Dios mio!

ANDRES. María!

DOL. Me ha galanteado, me ha perseguido.

ANDRES. Señora!...

DOL. Poniéndome en un compromiso horrible. Señora, mi esposo, creyéndome culpable, se ha pegado un tiro.

MARIA. Por tí! Jesús! (Cae desmayada en brazos de Andrés que la coloca en una butaca.)

ANDRES. María! María! Agua!

INOC. Pero se ha desmayado de veras?

ANDRES. Pues es claro! Señora, salga usted al momento de aquí —Agua! No, mejor es un frasquito de sales que tiene en su cuarto.

INOC. (Á Andrés.) No hagas caso! Todo es una farsa!

ANDRES. (Pues me gusta el tio!) Acompáñela usted, que no este aquí cuando yo vuelva. (Señalando á Dolores.) Hágamé usted ese favor! (Entra en su cuarto.)

ESCENA XIV.

DICHOS, ménos ANDRÉS, luégo VICENTE.

María se levanta riendo. Dolores rie tambien.

INOC. Basta, por Dios! Esto es demasiado! Yo se lo voy á decir todo! Pero todo!

VICENTE. (Dentro.) Está por aquí el señorito?

DOL. Mi marido!

MARIA. Desmáyate ahí!—Háganos usted aire. (Se dejan caer en dos butacas y D. Inocencio las abanica con dos periódicos.)

VICENTE. Servidor de usted.—Qué es esto!

INOC. No lo sé.

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS, ANDRÉS, que trae el frasco de sales.

VICENTE. Mi mujer!

ANDRES. Qué dices?

VICENTE. Qué hace aquí mi mujer desmayada?

ANDRES. Tu mujer! Es tu mujer mi desconocida de la fonda!

VICENTE. Cómo? (Viendo á María.) La loca! Quién es esta señora?

ANDRES. Mi mujer!

VICENTE. Tu mujer!

ANDRES. Vicente!

VICENTE. Andrés!

ANDRES. Qué es esto?

VICENTE. Eso digo yo, qué es esto? (Muy serio.)

DOL. y MARIA. (Que se levantan riendo.) Esto es...

MARIA. Que eres un tonto! (Á Andrés.)

DOL. (Á Vicente.) Que eres un simple!

MARIA. Y que nosotras somos las mejores amigas del mundo. (Abrazándose.)

INOC. Y yo el hombre más infeliz de la tierra, puesto que he permitido que les engañen á ustedes como á unos chinos.

ANDRES. Se conocían ustedes!

MARIA. Desde que eramos niñas.

DOL. Y al encontrarnos ayer, despues de tantos años, María me contó que hay caballeros que ofrecen su paraguas... (Á Vicente.)

MARIA. Y Dolores que hay otros que ayudan á levantarse á las que se caen del tramvía. (Á Andrés.)

ANDRES. (Chico, estoy avergonzado.

VICENTE. Y yo.)

MARIA. Y para que ustedes sepan lo agradable que es vivir á salto de mata engañando á la esposa que les espera confiada, hicimos esta comedía.

INOC. Vaya, vaya, amnistía general. (Acercando cada mujer á su marido.)

ANDRES. María...

VICENTE. Dolores...

MARIA. Volverás á engañarme?...

DOL. Me engañarás otra vez?...

INOC. Qué han de engañar! Esas cosas no se preguntan.— Hijas mias, en estos tiempos el marido más católico, más apostólico y más romano necesita que le recuerden de vez en cuando el noveno mandamiento.

ANDRES y VICENTE. (Á quienes tiene abrazados D. Inocencio.) El noveno...

INOC. Sí, hombre, no desear...

ANDRES y VICENTE. Ah! Sí. (Señalando cada uno á la mujer del otro y mirándose con intencion.) No desear la mujer de tu prógimo. (Cuadro.) (Telon rápido.)

FIN DE LA COMEDIA.

OBRAS DRAMÁTICAS DEL MISMO AUTOR.

UN SARAO Y UNA SOIRÉE [1], zarzuela en dos actos y en verso, original, música del maestro Arrieta.

EL FIGLE ENAMORADO, sainete original, música del mismo maestro.

LA MUJER DEL PRÓJIMO, comedia en un acto y en verso, original.

DE MADRID Á BIARRITZ [2], zarzuela original en dos actos y en prosa, música del maestro Arrieta.

MAS VALE TARDE QUE NUNCA, proverbio original y en prosa, en un acto.

PERRO, 3, 3.º, IZQUIERDA [3], juguete cómico en un acto, original y en prosa.

¡CHITON! [3], idem., idem.

EL CARBONERO DE SUBIZA [4], parodia en verso, en un acto, música de lo señores Aceves y Rubio.

UN PALOMINO ATONTADO, zarzuela en tres actos y en verso, arreglo de francés, música del maestro Rogel.

UN CUARTO DESALQUILADO, pasillo cómico, original y en verso.

(SE CONTINUARÁ) juguete en un acto, escrito sobre un pensamiento francés.

ESPERANZA, zarzuela dramática en dos actos y en verso, original, música del maestro Cereceda.

LAS MEDIAS NARANJAS [3], comedia en dos actos en prosa imitada del italiano.

EVA Y ADAN, juguete cómico, original y en verso.

LA HOJA DE PARRA, juguete cómico-lírico, en verso, original, música del maestro Marqués.

LA GALLINA CIEGA, zarzuela cómica en dos actos y en prosa, imitada dls francés, música del maestro Caballero.

LEVANTAR MUERTOS [5], juguete cómico en dos actos y en prosa.

EL DOMADOR DE FIERAS [3], sainete lírico, escrito sobre el asunto de un Vaudeville, música del maestro Barbieri.

DOCE RETRATOS SEIS REALES, pasillo cómico, original y en verso.

LEON Y LEONA, entremés en prosa, original.

CADA LOCO CON SU TEMA, juguete cómico original, en un acto y en prosa.

LOS SEÑORITOS, comedia en tres actos, original y en prosa.

LA VIUDA DEL ZURRADOR [6], parodia en un acto y en verso.

---

1 En colaboracion con el señor Lustonó. 2 Id. id. Coello. 3 Id. id. Campo Arana. 4 Id. id. Granés. 5 Id. id. Blasco. 6 Id. id. Vital Aza.

LA CLAVE, [1] zarzuela en dos actos, música del maestro Caballero.

LA MAMÁ POLÍTICA, comedia en dos actos, original y en prosa.

LA MARSELLESA, zarzuela en tres actos, original y en verso, música del maestro Caballero.

LA CARETA VERDE, comedia de gracioso, en dos actos, original y en prosa.

EL SIGLO QUE VIENE, [2] zarzuela cómico-fantástica, original, en tres actos y en prosa, música del maestro Caballero.

EL AÑO SIN JUICIO, revista cómica, original en un acto 3.

LOS MADRILES, revista cómica, original, en dos actos 3.

LOS SOBRINOS DEL CAPITAN GRANT, novela cómico-lírico-dramática en cuatro actosmúsica del maestro Caballero.

EL EMPRESARIO DE VALDEMORILLO, revista cómica en dos actos, original, 3.

EL DIABLO COJUELO, revista en tres actos, música del maestro Barbieri, 3.

EL NOVENO MANDAMIENTO, comedia en tres actos, original y en prosa.

---

1 En colaboracion con el Sr. Campo Arana. 2 Id., id., Coello. 3 Idem idem Pina Dominguez.

		TÍTULOS.	ACTOS.	AUTORES.	Parte que corresponde á la Galería.
3	3	Con la música á otra parte...	2	D. Vital Aza.....	Todo.
6	5	Dime con quien andas—p. o. v	2	R. Lopez del Rio....	»
7	3	El equilibrio Europeo.....	2	Sres. Schez, Castilla y G. de Cádiz.....	»
5	4	Los dedos huéspedes—j. a. p..	2	D. J. M. Anguita.....	»
»	»	Jugar á la política.....	2	Ildefonso Valdivia...	»
5	3	Próspero y Vicente.....	2	R. Lopez del Rio....	»
6	3	Sr. Don Lino Guerrero, Madrid	2	Julian Sanchez.....	»
2	1	Amor y amor propio.....	3	Fuentes y Alcon....	»
»	»	El baston y el sombrero.....	3	Eusebio Blasco.....	»
5	2	El noveno mandamiento-c. o. p	3	M. Ramos Carrion..	»
5	2	El nudo Gordiano—d. o. v...	3	Eugenio Sellés.....	»
5	2	El ramo de flores.....	3	Sres. Pacheco y M. Godino	»
6	2	El rosario de mi abuela.	3	D. J. G. de Lima.....	»
		Escupir al cielo—d. o. v.....	3	A. Lopez Muñoz....	»
9	4	La deshonra...	3	Manuel Nogueras....	»
6	3	La opinion pública—d. o. v..	3	Leopoldo Cano.....	»
4	4	La tabla de salvacion—c. a. p.	3	Sres. Coello y Herrero..	»
3	3	Las consecuencias.....	3	D. J. G. de Lima.....	»
9	4	Las penas del purgatorio-c. a. p	3	Sres. C. Arana y Fuentes	»
		Soledad—c. o. v.....	3	D. Eusebio Blasco.....	»
»	»	Trabajar por cuenta propia...	3	Leandro A. Herrero.	»
7	3	Un árbol torcido—c. a. p.....	3	Venancio Magin.....	»
2	3	Vivir muriendo.....	3	José Sanchez Arjona.	»

ZARZUELAS.

2	2	Candidez y travesura.....	1	D. Jerónimo Moran,.....	L.
4	2	Celos, veneno y suegra.....	1	José Olier.....	L.
		Don Abdon y Don Senen.....	1	Sres. Liern y Rubio y Espino.....	L. y M.
		En la calle de Toledo.....	1	Sres. B. de Cortes y Rubio	L. y M.
2	1	La niñera.....	1	D. Luis Pacheco.....	L.
»	»	La venta del Pillo, *tonadilla*..	1	Est., Chueca y Valv..	L. y M.
3	3	Las damas de la camelia.....	1	Jerónimo Moran....	L.
		Los dos cazadores.....	1	Ricardo Caballero...	L.
		Panchita en el muelle de la Habana.....	1	Sres. Chueca y Valverde.	M.
		Perdigon en Hamburgo.....	1	D. Leandro T. Pastor...	L.
5	6	El diablo en la Abadía.....	2	Sres. Almeda y Mangiagalli	L. y M.
5	4	El padrino.....	2	Trinchant y P. Castro	L.
		El destierro del amor.....	2	Sres. Liern, Rubio y Espino.....	L. y M.
5	2 c.	El anillo de hierro—d. o. v....	3	Zapata y Marqués...	L. y M.
4	3 c.	El campanero de Begoña.....	3	Pina y Breton.....	L. y M.
11	2	Fra Diavolo.....	3	D. Jerónimo Moran....	L.
		La banda del rey.....	3	José Casares.....	½ M.
6	3 c.	La dama blanca.....	3	Sres. Moran y Andilla...	L.

NOTA.—Ha dejado de pertenecer á esta Galería, la comedia en un acto titulada *Una chica alemana*, la música de la de tres actos *La fiesta del hogar* y el libreto de las zarzuelas *Juana, Juanita y Juanilla* y *Sobre ascuas*.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID

Librerías de *La Viuda é hijos de Cuesta*, calle de Carretas, de *D. J. A. Fernando Fé*, Carrera de San Jerónimo.

PROVINCIAS.

En casa de los corresponsales de la ADMINISTRACION LÍRICO-DRAMÁTICA.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta *Administracion* acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.